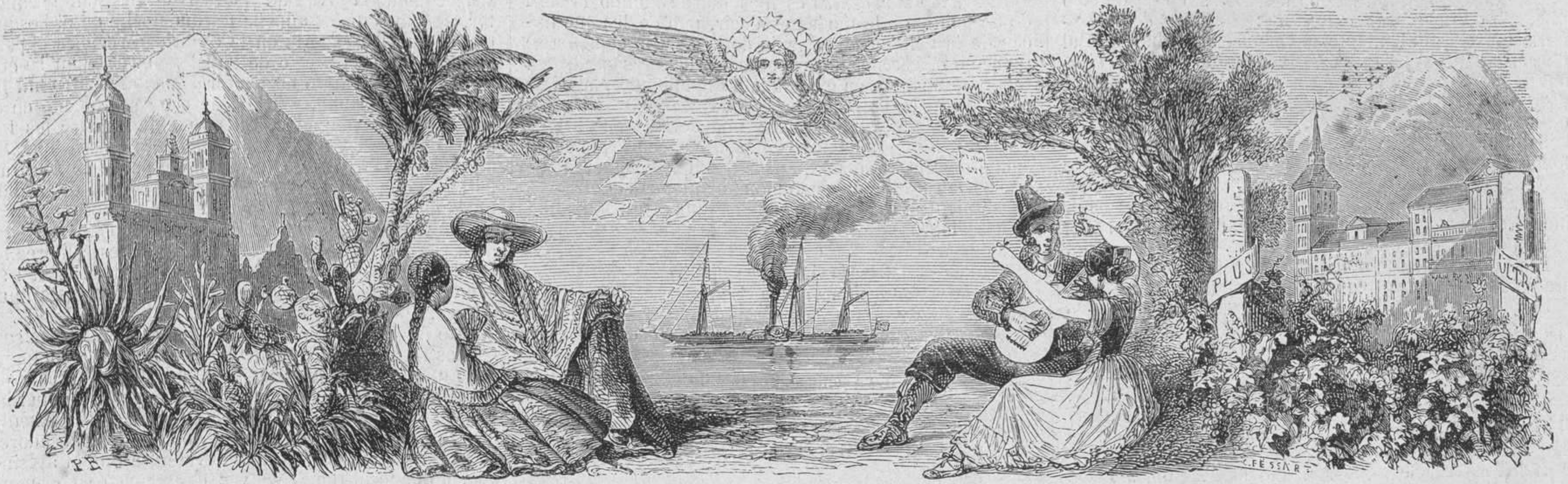


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — Nº 571.

## SUMARIO

**Estatua de Napoleon I en la plazoleta de Courbevoie;** grabado. — **Revista española.** — **Sucesos de Polonia;** grabado. — **Fragata de la marina española la Numancia botada al agua en Toulon;** grabado. — **Revista de Paris.** — **La vida privada y la vida pública.** — **El collar de la reina.** — **El rey Victor Manuel en Nápoles;** grabado. — **Paris y Londres en 1793.** — **Rendicion de la capilla del nuevo refugio de los Matrimonios;** grabado. — **Inauguracion de la esclusa de Lery del Eure;** grabado. — **Monte y república de San Marino;** grabados. — **Una madre.** — **Envidia.** — **Revista de la moda.** — **Las golondrinas del invierno parisiense;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

## Revista española.

El invierno. — La chimenea. — Un caballero de industria. — Un rey dimisionario. — El arte de ser feliz. — Al borde del abismo. — Secretos de la vida. — El sueño de un malvado. — La Patti se casa. — Los annamitas, las bailarinas y el vino de Jerez. — Libros nuevos y buenos. — Una poesía á la reina. — El autor descubre al final de su revista que Juan de Madrid ha sido un embustero.

Nos hallamos en pleno invierno.

La lumbre de la chimenea es la esperanza que está mas á la moda.

¡Cuánto dice esta lumbre!

Las chispas que saltan, la ceniza que se cae, y el reflejo que se ahoga y vuelve á levantarse, parece que toman parte en la conversacion, segun los diferentes movimientos de la pequeña hoguera.

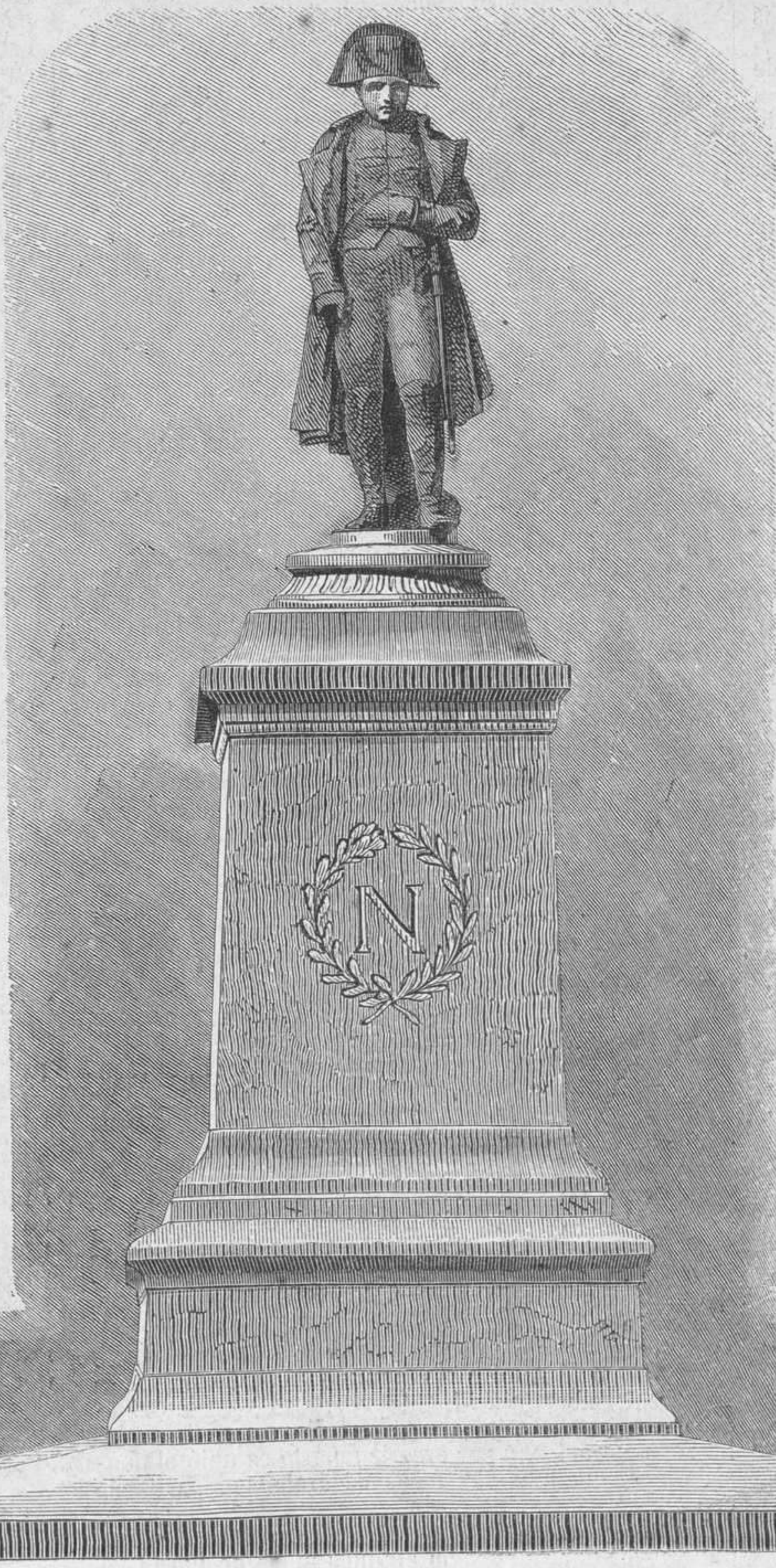
Si hablais de amores, volved los ojos á la chimenea, y las chispas que tiemblan en el aire, os parecerán lagrimas de amor.

Si hablais del genio, volved los ojos á las encendidas teas, y la llama que se retuerce y lucha, y se devora al fin á sí propia, os hablará de la envidia.

Tratais de los placeres y del amor; no aparteis las miradas de la ceniza que se desprende, porque la ceniza os habla de los amores y de los placeres.

Os ocupais del tiempo, de las ilusiones y de la gloria, y siempre encontrareis en la chimenea una lengua de fuego que os responda á todo.

El ruido de la chimenea es el eco de la ter-



Estatua de Napoleon I trasportada de la columna Vendome á la plazoleta de Courbevoie.

tulia. Si este eco pudiera deshacerse en palabras, sorprenderíamos el secreto de una mirada perdida, de un pañuelo que se cambia, de un pié que se mueve, de una flor cualquiera que se cae con cierto descuido.

La chimenea, para concluir, es en la actualidad lo preciso de nuestras noches.

A su amor, reconcentrado vuestro cronista, va á referiros los sucesos mas notables del penúltimo mes del ya espirante año.

El pícaro noviembre empezó registrando en sus anales la aventura de un famoso caballero de industria.

Es el caso que en uno de los primeros dias del mes se presentó en la fonda de los Príncipes un sugeto en traje de caballero, acompañado de otro al parecer criado, á quien daba el nombre de mayordomo, y avistándose con el jefe de dicha fonda, ajustó dos magnificas habitaciones por el precio de 220 rs. diarios, diciendo que era el conde de Oropesa, que venia de Badajoz, y esperaba ver dentro de algunos dias á la señora condesa, acompañada de dos niñas.

Diremos en honor de la verdad, que el titulado conde se presentó con tan finos modales y respirando tal elegancia, que el dueño de la fonda no adquirió la mas leve sospecha, y le instaló con mucho gusto en las dos piezas que aquel habia pedido.

Al dia siguiente el tal conde pidió el chocolate, y despues que se lo hubo tomado, preguntó si habia buenos cigarros, y contestando el camarero afirmativamente, mandó que le trajeran uno, volviendo á poco el camarero con un paquete de excelentes brevas.

Luego se vistió y mandó á casa de Campo, el mejor sombrerero de Madrid, por un sombrero, el cual se apresuró á enviar un oficial con algunos de ellos para que el señor conde escogiese el que mas le gustase.

En efecto, escogió uno, y dejó encargado otro para las aguas, diciendo al mismo tiempo que cuando estuviese hecho pasasen la cuenta, obsequiando al oficial, al tiempo de despedirse, con una magnifica breva, que este tomó con mucho placer como buen fumador.

Luego salió á casa de un sastre, y se tomó medida de un traje de invierno de lo mas superior, encargando además una capa, y diciendo que todo junto se lo mandasen á la fonda.

Hasta aquí, todo marchaba muy bien, pues to que el buen conde de Oropesa comia y bebía de lo mejor, y estaba alojado en la mas elegante fonda de la corte; tenia un buen sombrero, y esperaba, Dios mediante, lucir un magnifico traje y ponerse una buena capa, cuyo coste no bajaría de mil reales.

L. Delgado

Pero hé aquí que al siguiente día su mayordomo descubrió, no sabemos cómo, que el tal conde no era conde, ni mucho menos, pero sí un buen pájaro de cuenta. Entonces, no queriendo ser cómplice de unas estafas tan á mansalva, salió á un recado y no volvió mas por la fonda.

Al notar la desaparición del mayordomo, el dueño de la fonda debió caer en sospecha, y al día siguiente presentó la cuenta al supuesto conde de Oropesa.

Este la tomó con el mayor aplomo, sin que un solo músculo de su cara se contrajera; y después de examinarla muy tranquilamente, y ver que arrojaba un total de seiscientos y pico de reales, dijo que luego la abonaría, pues precisamente en aquel momento iba á salir para cobrar una letra de mil duros que tenía contra uno de los principales banqueros.

Salió en efecto; pero á estas horas el dueño de la fonda todavía está esperando que vuelva á pagar.

Al día siguiente, viendo que no volvía, procedieron á registrar el equipaje del Caco, compuesto de un baul, maleta y una sombrerera, encontrándose con que aquel estaba lleno de escombros, y esta completamente vacía.

Posteriormente fué preso este mocito, y resultó que era ya conocido en otras fondas de Madrid.

El salto que dió desde el hotel hasta la cárcel ha sido cruel, pero digno de su traviesa é interesada imaginación.

Pocos días después llegaba á la corte un personaje. Este personaje es el señor don Antonio María Triay, cuya historia es sumamente curiosa. De piloto que fué al salir de España hace quince años, ha vuelto convertido en un rey dimisionario.

El señor Triay está escribiendo sus Memorias, que deben ser en extremo curiosas, porque entre sus aventuras y desventuras cuenta nada menos las de haber sido apresado por los bárbaros de las islas Palaos, vendido como esclavo y elevado á la autoridad suprema, esto es, á rey ó King, *arrealae* del Estado atencal que se halla al N. de aquel archipiélago, conocido por Oceanía ó Polinesia oriental, de que forman uno de los diez y siete grupos las mencionadas islas Palaos.

Más de trece años ha sido rey poderoso de aquellos pueblos nuestro segundo piloto, en cuyo espacio de tiempo ha procurado suavizar las costumbres sanguinarias de sus súbditos, arriesgando más de una vez la existencia por tan humanitario objeto.

Cuando publique sus aventuras hablaré de ellas á mis lectores.

Ojalá pudiera hacer hoy lo mismo de los saraos de Madrid; pero hasta ahora no ha habido más recepciones que una en la embajada rusa. Todo lo que ha faltado en los salones, ha sobrado en los teatros.

El mes de noviembre ha sido muy fecundo en novedades teatrales. *El Arte de ser feliz*, *el Mundo por dentro*, *los Secretos de la vida*, *Al borde de un abismo*, *el Sueño de un malvado*, *el Literato por fuerza*, *¡Pobres mujeres!* y *la Vuelta del corsario*, zarzuela en un acto, son los títulos de las nuevas producciones.

También hemos oído á la Patti, y este ha sido el verdadero acontecimiento teatral; pero antes de ocuparme de esta célebre artista, que según mis noticias debe toda su reputación á una gran parte de mis lectores americanos, digamos algo de las obras dramáticas citadas.

Aprender en este valle de lágrimas *el arte de ser feliz*, es un deseo de todo el mundo, es una necesidad de la especie humana. ¿Cómo no había de apresurarse la gente á ver una comedia que ofrecía enseñar este precioso arte por el módico precio de una localidad cualquiera, en el teatro de la plaza del Rey?

La felicidad para el joven es el porvenir, para el viejo el pasado; aquel la espera, este la echa de menos; si fuera posible volver al viejo la juventud y convertir para el joven el porvenir en presente, sucedería lo mismo; el viejo joven buscaría la felicidad en el mañana, el joven viejo en el ayer. Esto es lo único que hasta ahora ha podido observarse: las esperanzas, los recuerdos: hé aquí los horizontes felices de la vida.

La nueva comedia (su título lo prometía así) debía poner fin á esa eterna carrera del hombre tras el fantasma de su dicha, debía convertir el porvenir y el pasado en presente, dar formas á lo impalpable, cuerpo á lo ideal; en una palabra, reunir en un cuadro todos los elementos de la vida y enseñarnos lo bueno y lo malo, lo conveniente y lo pernicioso, para llegar por este medio á la resolución del problema.

Pero el autor, que no pudo alcanzar para sí la felicidad de una ovación, de un triunfo, mal podrá cumplirnos su promesa. Quiso ofrecernos la felicidad, y solo ha conseguido mostrarnos de una manera incompleta dónde está la desgracia, que es lo mismo.

Fernando y Elvira viven humildemente de sus rentas; ella es feliz, pero su esposo no. Él desearía hacer negocios, abandonar su ociosidad, convertirse en un especulador como hay tantos, y no perder; en una palabra, envidia á su amigo don Estéban porque es millonario, y para igualarle, emplea la mitad de su capital y se lanza á la vida financiera. Pero el pobre no ve que su afortunado amigo no es tan afortunado como parece: su esposa es una calamidad; y en inseparable Wenceslao un pillo que le explota; su antiguo camarada don Manuel un sinapismo, que como el héroe de *el Ramo de oliva*, destruye la paz de su casa al querer restablecerla, se engulle sus más sabrosos manjares y apura sus más delicados vinos; y á todo esto hay que añadir una ciática que sufre el millonario envidiado, un mal que no le deja respirar. Tiene mucho dinero, pero le falta paz doméstica, el amor de su esposa, la amistad de sus ami-

gos, y sobre todo la salud. El envidioso, guiado por su esposa, que de sencilla y tierna mujer se convierte de pronto en una dama desenvuelta, caprichosa y casquivana, por supuesto con un buen fin, se convence por último de que la felicidad es contentarse con lo que uno tiene, y la comedia acaba en medio de un frío glacial.

Una obra dramática sin interés es como un día sin sol, como una casa sin dinero, como un cuerpo sin alma. *El arte de ser feliz* se encuentra en este caso.

*El Mundo por dentro* es más que el mundo la casa de un político á la moda, es decir, uno de los que hacen de la política un artículo de lujo; y la comedia se reduce á ofrecernos unas cuantas caricaturas que hacen reír, y que ponen en evidencia las debilidades, las ridiculeces más en boga.

El personaje principal sufre una derrota en el Congreso, y ya que no pueda contar á mis lectores el argumento de esta obra, porque sus detalles, todos esenciales, harían prolija la narración, al menos les ofreceré las siguientes redondillas con las que él mismo pinta su descalabro:

Cuando el exordio empecé,  
Alce por mi mal la vista,  
Y noté que un periodista  
Se reía... y me turbé.

Y ya confuso, intranquilo,  
Seguí charlando y charlando,  
Y cayendo y tropezando,  
Perdí del discurso el hilo.

Oía un sordo murmullo  
En mi desvanecimiento,  
Hasta que llegó el momento  
En que todo fué barullo.

¡Qué toses! ¡qué algarabía!  
Yo hablaba y manoteaba,  
Y el público me silbaba,  
Y el Congreso se reía.

El presidente además,  
Con el pañuelo en la boca,  
Estaba toca que toca  
Como quien lleva el compás.

La tribuna reservada,  
La pública, los porteros,  
Todos... hasta los maceros,  
Saltaron la carcajada.

Y lo que me dió más pena  
Fué que levanté la vista,  
Y divisé al periodista...  
Dándome la enhorabuena.

*Los Secretos de la vida* están reducidos al secreto de miss Aurora, una joven inglesa que tiene muy poco ó nada del carácter flemático de sus compatriotas, y que por su desenvoltura y sus pasiones parece más bien una italiana del tiempo de los Borgia.

Esta señorita se ve, al comenzar el drama, rodeada de adoradores: un capitán de marina es el primero que la pide su mano; pero llega á saber que en la vida de su amada hay un espacio de tiempo misterioso, un año en blanco que para la joven, por los recuerdos dolorosos que le inspira, pudiera llamarse un año en negro; el capitán le pide cuenta de este tiempo; pero como constituye el secreto de la vida de Aurora, responde con un obstinado silencio á las preguntas de su amante, y todo acaba entre los dos. El segundo apasionado se presenta, un rico lord, para quien la vida doméstica, los caballos y el campo son la felicidad, un hombre generoso y honrado que caracteriza muy bien don Manuel Catalina; se presenta, como decimos, confiesa á Aurora el amor que le inspira con esa turbación del que ama de veras y hace á los labios inmediatos intérpretes del corazón, promete respetar el secreto de la joven y se casan.

Su felicidad llega al colmo, pero la inquietud de la esposa no cesa; el secreto de su vida le amortigua á todas horas, y aunque durante el primer acto ha recibido una noticia tranquilizadora, su marido sin saberlo vuelve á alterar su paz, participando que por recomendación de un amigo ha admitido á su servicio un excelente picador llamado James Mortton. Aurora palidece, un mortal temblor se apodera de su cuerpo, y el público comprende que Mortton está relacionado con los sucesos de su vida durante el año misterioso. Así es; el picador, á quien Aurora creía muerto, logró inspirarle una pasión cuando estaba al servicio de su padre, y aunque la joven fué llevada á un colegio de Francia para separarla del peligro, el malvado, apoderándose de ella y conduciéndola al altar, logró, de humilde criado, convertirse en esposo de la hija de su amo. En un año conoció Aurora la magnitud de su desgracia, se había enlazado con un hombre perverso, que no aspiraba más que á sus riquezas. Volvió arrepentida á los brazos paternos, y por creerle muerto se unió al honrado lord, que tan feliz se consideraba compartiendo con ella su felicidad.

Mortton vuelve y la busca: su objeto no es otro que el de pedir por su silencio algunos miles de libras esterlinas, y para realizar sus deseos, apenas llega á la casa de campo de su nuevo señor, toma á su servicio

al jorobado Estéban, un viejo mozo de caballos á quien un día Aurora cruzó la cara con su látigo, y que alimenta en su malvado corazón una sed insaciable de venganza y una codicia inmensa. La venganza y el oro son las únicas pasiones de esta miserable criatura, á quien el dedo de Dios ha señalado. El picador, por medio de su nuevo criado, llama á Aurora, le exige cuatro mil libras esterlinas, ofreciéndola en cambio simular á los ojos de todo el mundo que su muerte ha sido cierta, y accediendo la joven á los deseos de su infame seductor, quedan citados aquella misma noche en el bosque que rodea la casa. Allí en la oscuridad recibirá el perverso Mortton el precio de su silencio. Estéban se entera, y es el primero en acudir á la cita. Cuatro mil libras es una fortuna, y la sed de oro se antepone en él á la sed de la venganza. En su mente acaricia los billetes de banco, y maquinalmente carga una pistola que ha podido sustraer de la armería del padre de Aurora: faltándole un proyectil, emplea como tal uno de los botones de su chaleco. La joven acude al bosque, da á Mortton la cantidad convenida, y cuando este, entregado á su inmensa alegría cuenta los billetes, saborea su triunfo, se oye una detonación, cae muerto, Estéban se acerca á él, le arrebató las cuatro mil libras esterlinas y huye.

Este fatal suceso descubre á todos el secreto: las sospechas recaen en ella; Mortton le estorbaba y ha mandado que le asesinen. La situación de los esposos y de sus verdaderos amigos es terrible. Felizmente un guardabosque ha encontrado el proyectil, y cuando se presenta como testigo al lado de Estéban, uno de los acusadores de Aurora, demuestra hasta la evidencia que el asesino ha sido el jorobado. Una vez descubierto su crimen, este se defiende con el puñal y corre á refugiarse en el cercano bosque. Llegamos al momento culminante del drama; á su primera idea convertida en el último cuadro de la obra: el público ve, gracias á esta inspirada aplicación de la luz eléctrica, ve, repetimos, la conciencia del asesino de Mortton, y esto es una gran conquista para el efecto teatral, que aplaudimos con sinceridad, y que aplaudiríamos más, si el pretexto que nos han dado para disfrutar de este sorprendente efecto estuviese en armonía con lo que en nuestros tiempos debe pedirse á la literatura dramática.

Estéban, el infame que durante su vida solo ha escuchado dos voces secretas, la de la avaricia y la de la venganza, oye de pronto una sola, la de su conciencia, y esta voz evoca ante su vista horrorizada el espectro de su crimen. Allí está Mortton, contando sus billetes, ébrio de gozo: el primer impulso de Estéban es arrojarle á él y clavarle el puñal hasta el pomo; pero al acercarse la visión desaparece, corre hacia el sitio donde tiene ocultos los billetes, los encuentra, y su asombro no tiene límites. La visión reaparece; pero esta vez Mortton se aparece á sus ojos ensangrentado y le llama asesino. La postración del malvado ante este nuevo grito, ante este nuevo fantasma de su conciencia, es inmensa; pero todavía lucha, todavía no es vencido. La tercera aparición es la que debilita su espíritu. Estéban cae postrado, confiesa su crimen, y la justicia humana se apodera del criminal para hacerle sufrir el castigo de los hombres, después de haber sufrido la tortura de su conciencia.

El argumento de la comedia que titulada *Al borde del abismo*, lo está de veras mientras se representa, es muy sencillo.

Un matrimonio feliz irrita con su felicidad á sus amigos, y estos se confabulan para destruir la ventura conyugal. Un fingido aristócrata que ha vivido algún tiempo en la cárcel, y que frecuenta los salones del afortunado marido, se encarga de seducir á la esposa: la seducción del esposo queda á cargo de una entretenida, que también visita la morada feliz. Como es natural, los engañados conocen el engaño, la máscara de los malos desaparece, y se acaba la comedia.

Hagamos gracia á nuestros lectores de las piezas menudas: *el Literato por fuerza*, *¡Pobres mujeres!* y *la Vuelta del corsario*, para terminar el capítulo de los teatros con la nueva producción, *el Sueño de un malvado*. Esta obra es un melodrama, y de los más completos: su autor no se ha equivocado al calificar su obra. Nuestros lectores juzgaran.

Ines, una joven tan sencilla y hermosa como pura y enamorada, habita con su padre un caserío aislado en las inmediaciones de Segovia.

Su situación puede resumirse en una palabra: la esperanza.

Ines espera á Alberto, un bizarro oficial, que desechado por su padre, ha volado al combate, ha peleado cuerpo á cuerpo con los franceses, les ha arrancado dos ó tres veces sus banderas en los combates, ha ofrecido su pecho al acero y al plomo, y cubierto de gloria y digno de la mano de su amada, debe volver después de tres años de ausencia á recoger el premio de su valor, porque como ella dice: «Si ha hecho proezas, ha sido para ganar nuestra felicidad.»

En la casa de campo hay entre otros criados, dos que son importantes personajes en la acción del melodrama: German, un campesino que oculta bajo su tosca corteza un alma apasionada, que es sonámbulo, consecuencia sin duda de su natural exaltación, y Micaela, doncella y confidente de Ines, que á su vez sostiene relaciones amorosas con Valentín, el asistente de Alberto.

Cuando poseida del más puro entusiasmo, del más acendrado cariño, refiere Ines á Micaela las dulces esperanzas que alimenta su corazón, llegan dos cartas: una de Alberto; otra de Valentín.

Micaela no sabe leer, y después que su ama ha sa-

33 metros de largo, con una máquina de 480 caballos efectivos.

**Revista de París.**

Estamos en vísperas de Navidad, y sin embargo París espera todavía la señal de los bailes y las comedias de salón, que no se ha dado todavía. Todas las fiestas actuales de la alta sociedad de París se reducen á banquetes. La mesa es un terreno de transición que prepara las grandes reuniones; allí se encuentran los amigos que vuelven de los viajes y de las cacerías deseosos de comunicar sus impresiones. La moda quiere que este año no se asista á las comidas con ese uniforme fúnebre, frac negro y

El éxito de esta operación fué tan feliz como el de la *Numancia*.

Esta fragata es el buque mas grande de su clase que ha salido de los arsenales de Europa, y está cubierta completamente con una coraza maciza colocada sobre un forro de madera de teck, monta cuarenta cañones del mayor calibre en la batería cubierta, y ademas lleva algunos otros sobre la cubierta. Tiene todo el aparejo completo de una fragata de vela; los palos son de una sola pieza y fueron traídos de los bosques de la California.

La fuerza efectiva de sus máquinas de hélice es de 4,000 caballos, y su velocidad en tiempo de calma ha llegado á 13 nudos y medio, una velocidad extraordinaria, sobre todo si se piensa en su blindaje compuesto de placas de hierro de 13 cent. de grueso, que pesan 4.300,000 kilogramos. — *La Vienne* es un trasporte de

poleon. La fragata ostentaba muchos banderines y banderas con los colores españoles.

El señor obispo de Tolon y de Frejus, seguido de su clero, del director, el cónsul general y los ingenieros de la marina española, inauguró la ceremonia bendiciendo á la *Numancia*, que puso bajo el patrocinio de Santa Isabel. Inmediatamente despues la fragata tomó posesion de su nuevo dominio.

Un banquete de trescientos cubiertos se habia dispuesto para los convidados. Al penetrar en este vasto recinto, jóvenes grumetes perfectamente vestidos y que llevaban en la cinta del sombrero el nombre de la compañía, ofrecian á cada señora un hermoso ramo. Durante el banquete no cesó de tocar la excelente banda de música de las tripulaciones de la flota.

Concluida la comida se echó al agua el trasporte francés *la Vienne*, bendecido por el obispo de Marsella.

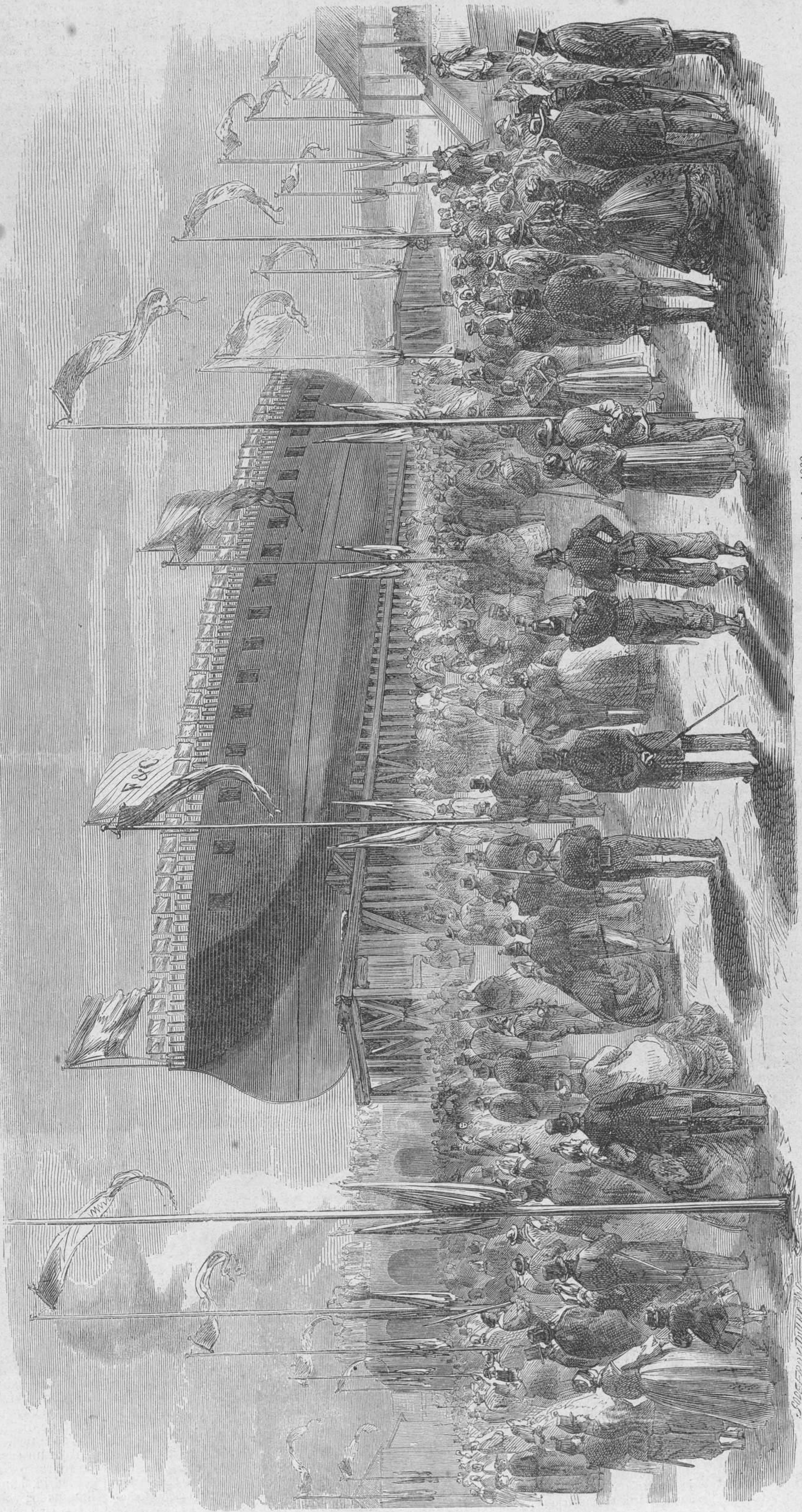
**Fragata de la marina real española**

LA *NUMANCIA* BOTADA AL AGUA EN TOLON.

El 19 de noviembre ha habido en Tolon una gran fiesta dada por la compañía de las fragatas y astilleros del Mediterráneo con motivo de haberse botado al agua la fragata blindada *Numancia*, construida por cuenta del gobierno español, y el trasporte francés *la Vienne*.

Los convidados al llegar al Seyne fueron recibidos por el señor director general rodeado del personal de la administracion, y tomaron puesto en una tribuna reservada.

Los astilleros presentaban un aspecto mágico. Su adorno principal consistia en palos veneccianos con escudos en los que se veian las dos cifras de Isabel y Na-



Fragata blindada de la marina española la *Numancia* botada al agua en Tolon el 19 de noviembre de 1863.

corbata blanca, que se reserva exclusivamente á los banquetes diplomáticos; el frac azul con botones dorados le ha destronado por ahora, mientras salen á luz otras novedades más osadas. Nada más tiránico que la moda. ¿Quién creería que en este momento hay un plato indispensable en toda comida de etiqueta? En efecto, es imposible dar un convite sin que figure en él un pastel de becadas. Las crónicas del mundo elegante hacen ya la historia de este plato, cuyo creador es un cocinero de San German llamado Collinet, nombre que de seguro va á pasar á las generaciones futuras. El pastel de becadas hace tal furor, que la gente se dirige como en romería á San German á la fonda del pabellón de Enrique IV, donde está el inventor de este manjar prodigioso. Según los antecedentes históricos que nos da el *Sport*, parece ser que Collinet sirvió este plato sabroso é incomparable por primera vez en la mesa de la duquesa de Berry en 1829, cuando era el mayordomo de esta princesa. Tenemos pues, que esta gran verdad gastronómica, llamada pastel de becadas á la Collinet, ha tardado más de treinta años en revelarse á los profanos. ¿Quéjense ahora los sabios de la lentitud con que se difunden sus descubrimientos!

Un suceso horriblemente trágico acaba de arrebatar á la sociedad parisiense una de las jóvenes más bellas y seductoras.

Amelia R... (tal era su nombre) residía este verano en una linda casa de campo, donde enamorada de las flores, como todas las personas de su edad, y satisfecha porque poseía un jardín objeto de su ambición, no cesaba de hacer ramilletes; el menor pretexto la servía para despojar su hermoso parterre de sus más bellas producciones olorosas.

Un día, como de costumbre, bajó al jardín, y lo primero que hizo fué engalanarse con una rosa, no olvidando sin embargo respirar su aroma antes de prenderla en su cabello.

Sea que la aspiración hubiese sido muy fuerte, sea que se hubiese acercado demasiado la rosa á las ventanillas de la nariz, lo cierto es que sintió como una especie de hormigueo que desgraciadamente para ella no provocó un estornudo, que sin duda alguna, á juicio de su tío el doctor T. R., la habría salvado la vida.

Amelia no prestó pues ninguna atención, y solo al cabo de algunos días se quejó de un violento dolor de cabeza.

Muy luego vino á perder el sueño; la pobre joven padecía dolores horribles, y los médicos consultados, que fueron muchos, opinaron los unos que era una congestión cerebral, y los otros un derrame en el cerebro.

En suma, pasaron algunas semanas en cuidados inútiles por parte de sus padres, que no calmaban sus crueles padecimientos, y Amelia perdió la razón.

Las paredes del cuarto en donde la habían encerrado fueron forradas con dobles mantas acolchadas que sirvieron también para cubrir el suelo, pues en su furor, que había llegado al colmo, la joven intentaba romperse la cabeza. Hasta la quitaron la cama, contra la cual habría podido consumir su funesto designio.

Por fin murió, y su tío pidió y obtuvo de su hermano el permiso para hacer la autopsia del cadáver.

Abrieron la cabeza, y aunque observaron algunas perturbaciones, no descubrieron indicios que señalaran una enfermedad que los facultativos habían declarado como origen del mal y causa de la muerte de Amelia.

Rompieron el cráneo, y entonces un grito de horror se escapó de todas las bocas.

Aquel misterio tan buscado, aquel misterio que acababa de cubrir de luto á toda una familia, estaba allí vivo, andando, huyendo... Era una gruesa araña, toda negra, cubierta de sangre, que se había alimentado en el cerebelo de la desdichada joven, desde el día fatal en que había respirado la rosa que debía darla la muerte.

¡Horrible historia!

Más de una vez hemos hablado en estas revistas de la triste suerte de las jóvenes que exaltadas con los cuadros deslumbradores que presentan á sus imaginaciones juveniles, dejan el lugar en que nacieron y vienen á París, donde quince horas de trabajo constante en una miserable guardilla no bastan para cubrir sus primeras necesidades. Sin embargo, preciso es decir para honra del mayor número, que las más duras privaciones no las quitan el ánimo; pero con frecuencia una enfermedad viene á interrumpir su labor cotidiana, y entonces el delirio de la fiebre reemplaza los brillantes sueños de felicidad que se han desvanecido como el humo. En ese duro extremo, es raro no obstante, que una joven olvide los principios de virtud que ha recibido en la infancia, y que no aleje de sí los malos pensamientos que la sugiere su abandono. Eso consiste en que solo el cuerpo padece en semejante caso, y que la mujer posee una energía extraordinaria para soportar los sufrimientos materiales. Mas cuando por desgracia se han despertado las pasiones en su corazón; cuando la joven sabe que es hermosa; cuando los gozos del amor propio han venido á ser para ella una necesidad; cuando se avergüenza de verse mal vestida, mal calzada, entonces su vida entera viene á ser presa de angustias intolerables, de amargo despecho, de dolores indecibles. Podía prescindir del pan, y sucumbe á la idea de no tener el vestido deseado; pues sin este vestido no hay baile, y el baile para muchas jóvenes es toda la felicidad que puede dar el cielo.

Tal es la historia de Anita S..., que llora hoy en el fatal banquillo de la policía correccional; hermosa joven que hace apenas un año llegaba á París con zagalejo encarnado y medias azules. Anita era aficionada al baile, y esta afición la ha perdido. Para ir á bailar necesitaba un vestido, y no teniendo medios para comprarle, se fué á una tienda, donde quiso esconder bajo su capa una pieza de seda, pero la desdichada hubo de ejecutar su intento con tan poca maña, que la sorprendieron en el acto. Tres meses de encierro expiarán su falta; lo mejor que podrá hacer al salir de su cautividad, será volverse á su tierra, donde no hay necesidad de presentarse con vestido de seda en los bailes.

Los lances de esta especie, que se repiten demasiado á menudo en las tiendas, tienen muy alerta al comercio parisiense, que sin embargo, no peca seguramente por desconfianza. La

responsabilidad de los dependientes les hace desplegar á veces un celo excesivo, y esta oficiosidad acaba de dar margen á un caso muy desagradable que cuentan los periódicos de esta semana.

Parece ser que una señora vestida con toda elegancia y que llevaba una manteleta guarnecida de encajes, entró días pasados en una de las lujosas platerías de la calle de la Paz, con la intención de comprar un alfiler para hombre.

Examinó varios de ellos, y sobre todo uno de brillantes; pero indecisa todavía, dejó la tienda diciendo que quiere reflexionar antes de hacer la compra.

Apenas se había alejado algunos pasos, pues el tiempo estaba muy hermoso y la señora había salido á pie, cuando un dependiente de la casa corre á ella y deteniéndola por el brazo, la pregunta si por equivocación no se habría llevado el alfiler de brillantes.

La señora responde muy descontenta; pero el dependiente insiste de una manera muy poco cortés, diciendo que nadie ha entrado en la platería, y que el alfiler falta.

Al oír esto, la pobre señora se pone pálida y comienza á temblar; mas hé aquí que de repente su perseguidor exclama con alegría:

— Ahí está; bien decía yo que Vd. le tenía.

Y al hablar así señala el alfiler que se había enredado en los encajes de la señora, y que efectivamente se llevaba consigo sin saberlo.

El terror de la pobre mujer creció de punto, pues pensó que la iban á tomar por una ladrona; su cabeza se extravía, cuando afortunadamente un caballero conocido suyo que pasaba en aquel momento; acude á ella y la pregunta con interés qué es lo que sucede.

El dependiente oye el nombre de la señora y á su vez tiembla, pues era un nombre muy encoquetado, y se retira excusándose lo mejor que puede. Su sentimiento era tanto más vivo, cuanto que comprendía que aquella malhadada aventura privaba para siempre á su tienda de la parroquia de aquella señora.

Después de los *Diablos negros* en el teatro del Vaudeville, de que hablamos á nuestros lectores en la última semana, hemos tenido los *Diablos rosados*, pieza en cinco actos de los señores Grangé y L. Thiboust, representada con gran éxito en el Palacio Real. En el día está muy en moda presentar en el teatro las situaciones más solemnes de la vida bajo un aspecto grotesco para ridiculizarlas á fondo. Esto hace reír á carcajadas al público despreocupado hasta no más que concurre á los teatros donde están permitidas escenas de este género, la empresa recoge el producto de entradas abundantes, y los autores cobran también su parte de provecho, si bien se puede decir que prescinden de la fama. La moralidad no gana aquí gran cosa; pero el negocio pecuniario sale bien, y ¿quién se para en barras?

Hé aquí cómo M. Antonin Boucard pide á los esposos Belzingue la mano de su hija:

— Poseo veinte mil libras de renta, vuestra hija me agrada, y he tomado informes sobre la familia...

Aquí nuestro hombre consulta su libro de memorias y prosigue diciendo:

— La madre es un dragón de virtud, carácter endemoniado; pero ¿qué me importa? Yo con quien me caso es con la hija... El padre ha quebrado, concordato 40 por 100, rico en el día; un pobre hombre en el fondo... cuando le hablan escucha, lo que hace creer que comprende... Siempre he deseado un suegro bastante obtuso...

Por último, con aire majestuoso añade:

— Señores de Belzingue, tengo el honor de solicitar la mano de vuestra hija.

La madre responde que busca para su hija un hombre casto y humilde, y Antonin replica con la mayor desfachatez:

— Pues ese hombre soy yo...

A lo cual su criado, que sabe á qué atenerse, suelta una exclamación de asombro, casi de espanto.

— Me permitiréis, dice por fin la señora de Belzingue, que me tome tres días antes de contestaros, á fin de tener tiempo de informarme sobre el hombre que pretende casarse con mi hija...

Los tres días, los tres actos que siguen, nos dan á conocer á los tres *diablos rosados* que poseen el corazón de Antonin Boucard.

La primera es una americana novelesca, partidaria entusiasta de Jorge Sand, y casada con el maestro de armas Pavillon, hombre muy célebre en su arte. La pluma se resiste á trazar aquí las mañas de este espadachín de sainete para desarmar á un adversario gritándole «que vienen los gendarmes.» En este caso el adversario se vuelve y recibe una estocada por detrás, que hace morir de risa á los espectadores.

El segundo diablo rosado está aprendiendo en una escuela de declamación el papel de protagonista en un drama romántico, y se desconsuela al ver que no encuentra lágrimas en su voz: todo su trabajo consiste en buscar estas lágrimas. Antonin reclama las cartas que ha escrito á esta cómica en ciernes; pero ella las aprecia tanto que exige quinientos francos por cada uno de los ochenta autógrafos de su amante, ó si no, cierto periódico satírico escrito con hiel y vinagre publicará toda aquella prosa apasionada.

Es este un cuadrillo que representa en toda su pureza las costumbres del día.

En el cuarto acto todos los personajes se encuentran reunidos comiendo en lo alto del célebre castaño de Robinson. Lolota, la griseta, quiere envenenar á su infiel Antonin; pero en vez de arsénico, le encaja una sal laxante en el champaña, y cae el telón sobre esta última peripecia, en el momento en que la americana se lleva por fuerza á Boucard á otra parte del mundo, donde le sea imposible realizar su proyectado matrimonio.

Como de costumbre, todo se arregla en el último acto.

La americana ha perdido sus ilusiones en presencia del estado de Boucard, y le deja en el camino de hierro para volverse á su casa. La señora de Belzingue no ha sabido ninguna de las fechorías de su futuro yerno, y le concede la mano de su hija.

No negaremos nosotros que abunda la gracia, el chiste y la

alegría en este despropósito teatral; pero si insistimos en decir que toda esta sal cómica encubre malamente la sordidez é inmoralidad del argumento. La ejecución imitable, pues en este género son maestros los cómicos franceses.

Nada nuevo en los Italianos. La señora Lagrange y Fraschini están dando sus últimas representaciones, que llaman más que las primeras la atención del público parisiense. Fraschini continúa siendo más y más el tenor á la moda. Organo poderoso, excelente escuela de canto y una dicción de las más puras que pueden oírse, hé ahí las dotes de este cantante que, como un nuevo Tamberlick, se disputarán á precio de oro los empresarios de los principales teatros de Europa. M. Bagier puede estar alerta.

MARIANO URRABIETA.

### La vida privada y la vida pública.

No hay un cuarto.

Esta frase de cuya exactitud pueden responder por lo menos dos terceras partes de los habitantes de Madrid, encierra dos significaciones diversas y que son á la vez igualmente ciertas.

En virtud de esta doble escasez, se verifican dos movimientos ascendentes que son inmediatamente seguidos de otro.

Hé aquí el orden de estos tres movimientos que nos elevan orgullosamente á la altura digna de los tiempos en que vivimos.

Todos los caseros suben sus casas.

Todos los usureros ponen su dinero en las nubes.

El resto de los hombres pone el grito en el cielo.

El hecho es el siguiente:

Madrid no cabe en Madrid.

Esta es una cuestión de capacidad que los caseros únicamente podían resolver, porque los caseros son capaces de todo.

La casa es un género de propiedad que tiene circunstancias muy particulares.

A primera vista no parece más que una finca urbana.

Observándola más despacio nos encontramos con que es un capital más ó menos respetable empleado en piedra, en madera, en yeso y en ladrillos, que rinde todos los años otro capital.

O de una manera más clara: una casa es una especie de gaveta donde el casero esconde una cantidad de dinero que mensualmente va extrayendo del bolsillo de los inquilinos.

A esta extracción continua se la llama alquiler.

Alquiler no es una palabra, por más que se halle comprendida en el Diccionario de la lengua.

Alquiler es una cantidad cuya definición no es posible encontrar en ningún tratado de aritmética.

Es una cantidad absurda, pero real y positiva, que el casero recibe todos los meses en oro, en plata ó en papel.

Al llegar aquí no puedo menos de reirme de los matemáticos.

Ellos dicen con el aplomo de la vanidad satisfecha, que cantidad es todo aquello que es susceptible de aumento y disminución.

Lo que no pueda aumentarse y disminuirse no es cantidad.

Hasta ahora han tenido razón.

El alquiler, tal como se presenta á la consideración de los inquilinos de Madrid, no había aparecido aun.

Rectifiquemos á esa ciencia vanidosa, que todo lo quiere saber con precisa exactitud.

Desde hoy debemos decir: Cantidad es todo aquello que puede aumentarse ó disminuirse, exceptuando el alquiler que va en prodigioso aumento, sin que haya esperanza de que pueda disminuirse alguna vez.

El que tiene una casa en Madrid, tiene una renta que puede hacerla crecer según su capricho ó según su avaricia.

La codicia, ese saco roto que no ha podido llenarse nunca, es el único límite que hoy encuentra el aumento constante de los alquileres de las casas.

La Providencia nos ha dado esta vida que llevamos siempre con nosotros, para la que solo necesitamos respirar y comer.

Peró al imponernos la penosa obligación de esa vida, encargó muy formalmente á la naturaleza que nos rodeara de aire y que cubriera de frutos á los árboles y de semillas á la tierra.

La sociedad ha querido también echarla de Providencia, y nos ha impuesto esa otra vida estrecha y oscura que se llama vida privada, y para la que solo necesitamos las cuatro paredes que forman el hogar doméstico.

Peró al imponernos esa obligación, no encontró á la mano una naturaleza rica y espléndida, y confió á los caseros el cuidado de levantar á nuestro alrededor las cuatro paredes de nuestras casas.

Procediendo así, la Providencia y la sociedad han colocado al hombre en la contingencia de dos alternativas que vienen á ser una misma, por más que se juzguen de distinta manera.

Véase una.

Aquí un casero que tiene, por ejemplo, la costumbre de retirarse tarde.

Madrid, aunque brilla mucho, no es un pueblo bien iluminado; y á ciertas horas de la noche la mitad de las luces se apagan con la excusa de que se les quita el gas.

Es cosa averiguada, que toda luz que se apaga produce en el acto oscuridad.

El casero se adelanta hacia una esquina que sale sobre la acera con el mayor silencio, como si quisiera espiar lo que pasa en la calle.

En Madrid hay una numerosa policía, pero en mi opinión es mucho mayor el número de los que no quisieran verla.

Detrás de la esquina hay un hombre embozado dos veces; una en su capa, que sabe Dios de quién sería antes, y otra en la sombra, que no es fácil robársela a la noche.

El casero llega al punto en que la esquina se dobla como un adalador, y se encuentra repentinamente con una mano que le oprime la garganta y con dos bocas; la de una pistola que le muerde el pecho sin pronunciar una palabra, y la de un hombre que le propone por lo bajo la pronta solución del siguiente problema:

« La bolsa ó la vida. »

Si esto no ocurriera en medio de una profunda oscuridad, me atrevería á decir que todo ello pasa como un relámpago.

Tres minutos despues entra el casero en su casa oprimido por el enorme peso del dinero que ha tenido que dejarse en la esquina.

Al otro día este suceso es público, la opinión se alarma y los tribunales averiguan.

Entre tanto el casero se entrega á sus honradas y ordinarias ocupaciones.

Aquí empieza la otra.

Segun unos estados que tiene á la vista, hay en Madrid una gran desproporción entre el contenido y el continente; es decir, que Madrid no cabe en Madrid.

O de otra manera mas precisa: que sobra gente y faltan casas.

O de otro modo mas práctico: que se puede dar otra vuelta mas al tornillo con que se hace salir el dinero de los inquilinos.

Averiguado esto, no hay mas que coger el sombrero, abrocharse la levita para que el corazón no pueda salir por ninguna parte, ponerse la cara de casero y tomar la escalera.

Poco despues se tira de un cordón, suena una campanilla, se abre una puerta, y el casero, semejante á una bomba, cae en medio de una familia que se ve asaltada repentinamente con esta imperiosa alternativa:

« Mas alquiler ó á la calle: » ó lo que es igual: « La bolsa ó la vida. »

Aquí la pistola no tiene cañón, ni llave, ni caja, ni pólvora, ni bala, pero es tan mortal como si tuviera todo eso.

Si el casero asaltado en la esquina la noche anterior hubiera tenido otra vida donde alojarse, de seguro no hubiera entregado su bolsa: pero la sacrificó al temor de encontrarse repentinamente arrojado á la calle de la eternidad.

La familia discurre del mismo modo, y prefiere sudar mensualmente un doble alquiler, á encontrarse de repente en medio de la calle.

Como el casero quiso conservar la vida que le dió la Providencia, el inquilino quiere conservar su vida privada.

Establezcamos, sin embargo, la diferencia que existe entre el ratero que nos acomete al volver la esquina y el casero que nos asalta al abrir la puerta.

El primero lo hace en la calle y en medio de la noche: el segundo en nuestra propia casa y en medio del día.

El uno se arroja sobre nosotros con un puñal ó con una pistola en la mano: el otro nos estrecha poniéndonos una ley al pecho.

El hecho viene á ser el mismo, la única diferencia está en el arma.

De esta manera el alquiler va subiendo como una inundación, como deberían subir las aguas del diluvio.

O se hace un arca como la de Noé, ó nos ahogamos.

Para vivir en Madrid bajo un techo y entre cuatro paredes, es preciso resignarse á no tener mas dinero que aquel que nuestro casero quiera dejarnos.

Ha dicho un escritor francés, que *negocio* era el dinero de los demás.

Yo creo que en Madrid tener una casa es tener en la mano el dinero de los que viven en ella.

La vida pública se va poco á poco comiendo á la vida privada, y los caseros suben las casas á la vez que el ayuntamiento las estrecha.

Para convencerse de la exactitud de esta observación, no hay mas que fijar la vista sobre el plano de Madrid.

En él se ve el movimiento verificado por las calles que se ensanchan y las casas que se estrechan.

Hay en esto algo de monstruoso.

Saturno en medio de los extravíos insaciables de su brutal apetito, no pasó de comerse á sus hijos.

Las calles, que se pueden considerar como hijas naturales de las casas, porque es evidente que sin casas no habria calles, llevan mas allá las necesidades de su estómago: se comen á sus madres.

Pero esta monstruosidad está dentro de la naturaleza.

¿De qué se habian de alimentar las calles mas propia y naturalmente que de aquellas casas que se han unido para darles el ser?

Por un sentimiento de maternidad que nadie se atrevería á ofender, las casas se van dejando devorar por las calles.

Si en esto no se quiere reconocer la acción de una ley natural, será preciso convenir en que es la acción de una ley de policía urbana.

El ayuntamiento, cediendo á las sugerencias de una

profunda filosofía, se ha convencido de que el ciudadano no es mas que un transeunte.

Ha oído decir que el hombre no hace mas que pasar rápidamente por la tierra, y ha formulado su pensamiento en esta palabra: Paso.

Palabra que aplicada á Madrid quiere decir calles.

Tan embebido se encuentra en la profundidad de este pensamiento, que en mi opinión su bello ideal debe ser una población en la que las casas dejen en completa libertad á las calles.

Una población, por ejemplo, en la que las casas estuvieran fuera de la ciudad, para que no pudieran poner impedimento ninguno al desarrollo, ensanche y perfección de las calles.

La solución del problema depende de una sola averiguación.

Consiste en saber cómo pueden hacerse las calles prescindiendo completamente de las casas.

En virtud de este pensamiento, Madrid se está engrandeciendo de una manera muy singular.

Las calles se ensanchan y las casas se estrechan.

El ciudadano indudablemente va ganando terreno en la calle, y es muy justo que lo pierda en la casa.

Si como transeunte goza el privilegio de tener á su disposición calles espaciosas, justo será que como vecino se resigne á vivir pegado á la pared.

Para el ayuntamiento la cuestión es muy sencilla, y está reducida á una pregunta y á una respuesta.

En Madrid hay un público que se compone de trescientos mil habitantes.

¿Cómo se da espacio á esa masa para que pueda circular libremente por Madrid?

Esta es la pregunta: la respuesta nos sale ella misma al paso en esta forma: — Ensanchando las calles.

Luego queda una serie de cuestiones particulares, que saliendo del dominio público, entran en el sagrado recinto de la vida privada.

Cada familia resolverá la suya como pueda, metiéndose donde quepa.

La obligación del ayuntamiento es dar calles; las casas deben buscárselas los que las necesitan para su uso particular.

Mientras el público circula libremente por las calles, los vecinos se ahogan en las casas.

De aquí resulta una propensión irresistible, que todos sentimos á formar parte de esa masa que á todas horas se derrama por las calles, por las plazas y por los paseos, y que se llama gente.

Para vivir en Londres es preciso ser lord; para vivir en Madrid es preciso ser público.

La vida privada se va reduciendo en la misma proporción que la vida pública se va ensanchando.

Así se ve que los hombres públicos son los que viven con mas desahogo.

El hogar doméstico se va estrechando cada vez mas, al mismo tiempo que la plaza pública va ganando espacio.

Por eso no debe extrañarse que quepan muy cómodamente en todos los sitios públicos hombres y mujeres que no caben dentro de sus familias.

Por eso las virtudes domésticas van cediendo un puesto á las virtudes públicas.

De aquí resulta la explicación de un fenómeno de que no es fácil darse cuenta á primera vista, y que se presenta á mis ojos bajo una forma aritmética.

Yo digo: ¿Cuántos hombres reúnen bastantes virtudes y bastante talento para hacer la felicidad de una mujer y de una familia?

— Pocos.

Esta respuesta no la doy yo. La dan todos los padres, todas las madres que tengan una hija honrada y que experimenten en el fondo del alma el vivo sentimiento de su verdadera felicidad.

Yo vuelvo á decir: ¿Cuántos hombres reúnen bastantes virtudes y bastante inteligencia para hacer la felicidad de la patria?

— Todos.

Tampoco es mia esta respuesta. La dan esa multitud creciente de hombres que se disputan sin cesar la dirección del Estado.

¿Será mas fácil ser padre de la patria que padre de familia?

¿No habrá algun elector escondido en las oscuridades del cuerpo electoral, que alguna vez á lo menos no haya dado su voto á quien de seguro le hubiera negado la mano de su hija y tal vez la administración de sus bienes?

La vida pública es mas cómoda, tiene menos exigencias que la vida privada.

Para alcanzar esos homenajes que todos los días se tributan en los periódicos, en los discursos, en los teatros, en los paseos y en las calles, se necesita mucho menos que para conseguir el tierno cariño y el honroso respeto de una familia.

Los aplausos de la multitud se arrancan con una frase estudiada, con una lisonja hábil, á las pasiones ó á los vicios del auditorio.

La admiración de las gentes la alcanza fácilmente cualquiera mujer que no sea fea y que arrastre por las espaciosas calles de Madrid la anchurosa falda de un soberbio vestido.

Un poco de audacia y un poco de talento. Hé aquí todo lo que necesita un hombre público. Una poca belleza y mucho lujo.

Hé ahí todo lo que necesita una mujer pública. La vida privada exige mucho mas.

Tiene la impertinencia de pedir un poco por lo menos de todas las virtudes.

Exige unas costumbres puras y una conciencia tranquila.

Esto es pedir demasiado. Y en cambio, ¿qué da?

Nada.

El respeto de los hijos, el cariño de la esposa y el aprecio de unos cuantos amigos.

La vida pública es mucho mas liberal: da gloria, aunque sea una gloria semejante á la luz del relámpago; da títulos, honores; da grandeza y fortuna.

En vista de esto, ¿qué español no experimenta á cada momento en el fondo de su ambición el secreto impulso de echarse á la calle?

¿Qué mujer convencida por el espejo del atractivo de su belleza y deslumbrada por el brillo de sus propios adornos, no siente á cada instante el deseo de entregarse á la admiración pública?

Convengamos en que cuando la policía urbana ha empezado á estrechar en Madrid los ya estrechos límites del hogar doméstico para dar ensanche á las calles, la vida privada ha empezado ya á reducirse estrechada por la vida pública.

El plano de Madrid, en el cual se ve á las casas ir cediendo el paso á las calles, puede inspirar muy serias reflexiones.

¡Las calles! ¿Será este el terreno que se prepara para que den su última razón todas las opiniones?

¡Las casas! Mirándolas bien es como se comprende que la arquitectura tiene también sus paradojas.

Las dos terceras partes de las casas de Madrid no son mas que sofismas por medio de los que se engaña á los que pasan por la calle.

Las calles espaciosas son una verdadera necesidad.

Hagamos justicia á la previsión de este ilustre ayuntamiento.

En un pueblo donde pasan cosas tan grandes, donde todo pasa, se necesitan calles muy anchas para que todo pueda pasar.

JOSE SELGAS.

### El collar de la reina.

(Conclusion.)

» Luis Marco Antonio Retaux de Villette, desterrado para siempre del reino.

» María Nicole Leguay, llamada Oliva, queda absuelta.

» Alejandro de Cagliostro y Luis René Eduardo de Rohan, quedan descargados de las quejas y acusaciones intentadas contra ellos á instancia del procurador general del rey, y se ordena que las Memorias impresas por Juana de Saint-Remy de Valois de la Motte serán suprimidas por contener hechos falsos, injuriosos, calumniosos, tanto para el dicho cardenal de Rohan como para el dicho Cagliostro.»

Las conclusiones del procurador general habian sido reprobadas por veinte y seis votos contra veinte y tres.

Esta sentencia fué acogida con aclamaciones de júbilo por parte de la muchedumbre, dirigidas al príncipe y á los jueces; y cuando M. de Rohan se volvió libremente á su palacio, le hicieron una grande ovación. Cagliostro fué aplaudido también por el pueblo.

Por madama de Campan sabemos el mal efecto que produjo en los reyes esta sentencia.

« La reina me llamó, dice madama de Campan, y la encontré muy conmovida... Estoy de pésame, exclamó con voz entrecortada; el que ha querido perderme ó proporcionarme dinero abusando de mi nombre y tomando mi firma, acaba de ser absuelto. ¡Ay! añadió con fuerza, muy desgraciado es el pueblo que tiene por supremo tribunal una porción de gentes que solo consultan sus pasiones... »

El rey entró en este instante, y acercándose á la reina y tomándola la mano, exclamó:

« — Ese fallo es un ultraje; y sin embargo, se explica fácilmente. El Parlamento no ha visto en el cardenal mas que un príncipe de la Iglesia, un príncipe de Rohan, el próximo pariente de un príncipe de sangre real, en lugar de ver en él un hombre indigno de su carácter eclesiástico... Se figuró que con el tiempo iría pagando á Böhmer el precio del collar; pero conocia demasiado bien los usos de la corte, y no es tan imbécil para haber creído á madama de la Motte admitida cerca de la reina y encargada de semejante misión. »

Vemos pues, que hasta el último instante el rey y la reina persistieron en el error de creer culpable al cardenal, no solo de insolencia, sino también de estafa; y bajo este concepto decidieron castigar al que absuelto por la justicia, se burlaba de su justicia. El cardenal despojado de sus dignidades y de todos sus cargos en la corte, fué desterrado á la abadía de la Chaise-Dieu. Este castigo que enmendaba en parte un fallo solemne, fué provocado sobre todo por el odio tenaz del barón de Breteuil; el cardenal se hizo entonces mas popular aun, y la calumnia no quiso ver en esto sino una venganza de mujer irritada, una prueba mas contra María Antonieta.

Hé aquí ahora lo que vino á ser de los actores de este memorable proceso:

Oliva y Retaux de Villette abandonaron la Francia y no se supo mas de ellos.

Cagliostro, á quien aconsejaron pasara la frontera, se fué á Inglaterra, y de allí, despues de otros varios via-

jes, tuvo la impudencia de volver á Roma. El santo oficio se apoderó del taumaturgo, le formó causa y le condenó á muerte; pero su pena fué conmutada en la de encierro perpétuo, que sufría aun en 1795 en el castillo de San Leon, ducado de Urbino, cuando la explosion de un polvorin puso término á la vida del aventurero.

Madama de la Motte se habia quedado sola en la Consergeria, y diariamente una muchedumbre ávida esperaba la ejecucion de su sentencia: todos los balcones estaban alquilados de antemano, y se habian levantado tribunas en torno de la plaza, pero los días pasaban sin que tuviera lugar el espectáculo. Los enemigos de la reina triunfaban con esta lentitud, y decian en alta voz que era preciso guardar consideraciones á una cómplice, cuando el 20 de junio se recibió en la Consergeria el orden de proceder á la ejecucion.

Al otro día á las seis de la mañana advirtieron á madama de la Motte que la llamaban en la sala de recepcion, y creyendo que era una visita de M. Doillot, su

abogado, bajó de prisa á medio vestir. Cogida de improviso y sujeta, fué llevada al patio del Mayo, donde habian alzado el cadalso. El escribano Breton se dispuso á leer la sentencia; pero aquella mujer tan débil oponia á los verdugos una resistencia desesperada. Arañaba, mordía, y de su boca cubierta de espuma se escapaban injurias atroces contra la reina y el cardenal. Vencida por fin, la desdichada sintió silbar sobre su carne desnuda el hierro que la marcaba con la V infamante, y cayó inanimada sobre el cadalso. Luego la metieron en un coche y la condujeron á la Salpetriere. La hora matutina y los chascos que ya se habia llevado la gente con aquella ejecucion, hizo que asistieran muy pocos curiosos á tan repugnante espectáculo.

Sin embargo, M. de la Motte vivia en Inglaterra, donde disipaba en orgias el producto de los últimos diamantes del collar; y en 1787 tuvo la impudencia de amenazar con inundar la Europa de libelos contra la reina si no soltaban á su mujer. El baron de Breteuil, que ha-

bia conseguido su principal objeto con la desgracia y el destierro del cardenal, aconsejó al rey un acto de clemencia, que la calumnia debia interpretar como habia interpretado el acto de rigor. Madama de la Motte, cuya cautividad se habia hecho lo mas dulce posible, recibió en secreto los medios de escaparse, y en efecto, salió de la Salpetriere el 5 de junio de 1787. Apenas llegó á Londres se ocupó en escribir Memorias escandalosas, en las cuales se representa como instrumento y victima de Maria Antonieta. El fin de esta miserable intrigante fué digno de su vida; sus compañeros de desorden la arrojaron por un balcon en medio de una orgia. En cuanto á M. de la Motte, la revolucion le volvió á abrir las puertas de la Francia; tenia que invocar un titulo para hacerse estimar de los revolucionarios, y es que habia contribuido á perder á una reina. ¡El intrigante subalterno reclamó la anulacion de su sentencia y la obtuvo! Este hombre ha sobrevivido á todos los actos de este vergonzoso prólogo de la revolucion fran-

los valores muebles é inmuebles dejados por el cardenal y que no se habian comprendido en el inventario administrativo hecho en la época de su emigracion.

El 30 de diciembre de 1842 y en virtud de una sentencia del tribunal de Rastadt, se hizo un primer reparto entre los acreedores de la sucesion del cardenal.

Finalmente, ante el tribunal civil del Sena (audiencias susodichas) los herederos Deville reclamaban contra la sucesion del cardenal, el cobro de un crédito que se eleva, segun su cuenta, con los intereses, á mas de dos millones. Además, pedian daños y perjuicios iguales al crédito, por el daño que les han causado la negligencia, el dolo y el fraude por parte de la princesa Carlota y de los príncipes de Rohan, sus representantes.

M. E. Leroux abogaba por los herederos Deville, y M. Templier por los príncipes de Rohan Rochefort.

No entraremos en el pormenor de los créditos y de los debates á que ha dado lugar la administracion de la herencia por parte de la princesa de Rohan Rochefort, ni

seguiremos en todas sus demandas á los herederos Cerfbeer y Declercq, que han intervenido en la causa, y en cuyo nombre han hablado los célebres abogados Cremieux, Laurier y Dufaure. Estos detalles de cifras cansarian quizá á nuestros lectores, despues de todo lo que hemos dicho acerca de esta causa, y por lo tanto terminaremos reproduciendo á continuacion el fallo del tribunal civil del Sena.

« El tribunal admite en la causa á los herederos Cerfbeer;

» Dice que no ha lugar á declarar destituidos del beneficio de inventario á los príncipes de Rohan Rochefort;

» Dice igualmente que no han incurrido en ninguna responsabilidad como representantes de la sucesion del cardenal de Rohan;

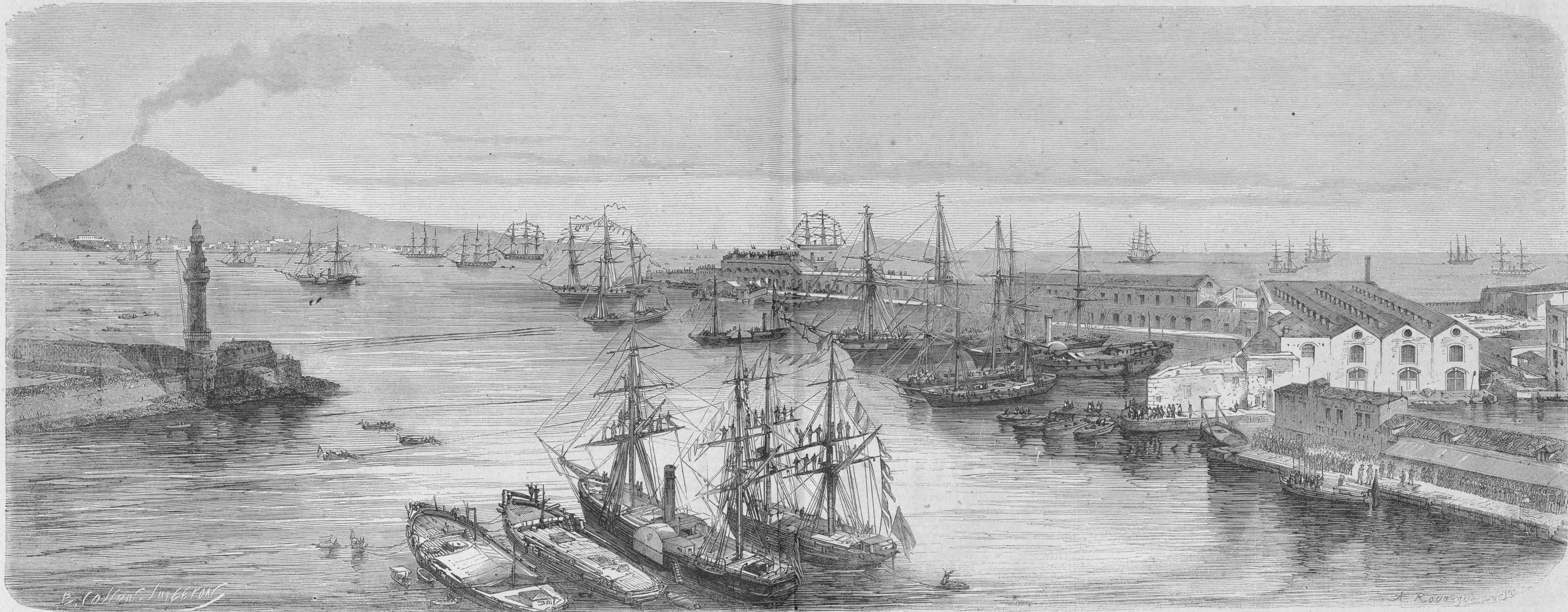
» Declara extinguidos por pago, reduccion y compensacion los créditos que les son reclamados en su calidad de representantes de la sucesion del príncipe y de la princesa Guemencé;

» Deniega en su consecuencia á los demandantes y á la parte que ha intervenido, de todas sus demandas, fines y conclusiones;

» Sin embargo, hace constar el ofrecimiento hecho á ellos por los príncipes de Rohan, de traspasar á su cuenta de beneficio de inventario de la sucesion del cardenal de Rohan, al activo de la susodicha sucesion, el importe de las anualidades vencidas de la indemnizacion de Santo Domingo, como tambien de cubrirse eventualmente con las anualidades venideras, todo ello con intereses, á contar, por lo que toca á las fracciones vencidas, desde el día de la demanda, y en cuanto á las otras de las épocas en que fueron pagadas;

» Dice que en razon á desestimarse la demanda principal, no ha lugar á pronunciar sobre la demanda de garantia de los príncipes de Rohan contra la viuda y los herederos Declercq;

» Condena Deville á las costas de la demanda principal y de la demanda en garantia;



Revista naval pasada por S. M. el rey de Italia en la rada de Nápoles.

cesa: M. de la Motte no murió hasta 1832, y hacia ya largo tiempo que no vivia sino del juego, de la estafa y de la mendicidad á domicilio.

Aquí concluyen los documentos que hemos tomado en parte de las *Casas célebres*, valiéndonos tambien de las Memorias de madama Campan, de las Memorias de Fleury y de diferentes estudios históricos.

El proceso del collar no podia aparecer ahora en justicia sino para el arreglo de los intereses pecuniarios de las partes.

En los discursos de los abogados Leroux y Templier (tribunal civil del Sena, audiencias de los días 19 de junio, 3, 10, 17 de julio y 7 y 24 de agosto de 1863) hallamos los pormenores históricos que nos son útiles para concluir este relato.

Durante la vista ante el Parlamento y á instancia de Bohmer y Bossange, el cardenal de Rohan consintió en desinteresarlos, arreglándose con ellos para el pago del

collar. Pero no tenia fondos disponibles; únicamente poseia rentas considerables, sobre todo las de la abadia de Saint-Waast, arrendada en 225,000 francos á M. Liger, abogado del consejo superior y provincial de Artois. El 14 de setiembre de 1787 consintió una delegacion con garantia, de 1.919,892 libras, á tomar de las rentas de la abadia de Saint-Waast, para pagar el precio del collar.

Bohmer y Bossange, deudores de M. Nicolás Gabriel Deville, secretario del rey, de una suma de mas de un millon, poseyeron por actos auténticos 900,602 libras que se debian sacar de los arriendos de la abadia de Saint-Waast.

Antes del vencimiento del primer plazo estalló la revolucion francesa, y el cardenal se encontró privado de sus beneficios y dominios eclesiásticos, que por la ley del 2 de mayo de 1789 pasaron á la nacion. M. Deville no pudo cobrar las sumas que le habian sido traspasadas, y Bohmer y Bossange, arruinados por las consecuencias de la revolucion, no pudieron reembolsarle sus créditos.

En el año III el cardenal de Rohan se vió en la precision de emigrar, y se retiró á Ettenheim (en la orilla derecha del Rin), dependencia de su obispado de Estrasburgo, situado fuera del territorio francés. Sus bienes fueron confiscados, y en un inventario administrativo se enumeraron todos los valores de que se declaró propietario el Estado.

Cuando la liquidacion de las deudas de los emigrados, presentó vanamente este inventario para obtener su reembolso; el crédito no se pagó, y sus instancias contra Bohmer y Bossange no produjeron resultado alguno.

El cardenal murió en Ettenheim el 17 de febrero de 1803, dejando un testamento que institua por su legataria universal á la princesa Carlota Lucia Dorothea de Rohan Rochefort, hija del príncipe Carlos José Armando de Rohan Rochefort, primo hermano del cardenal.

La princesa Carlota habia aceptado la sucesion del cardenal bajo beneficio de inventario, por una carta que dirigió al alcalde de Ettenheim el 13 ventoso año XI, y el 4 de abril de 1803 mandó hacer el inventario de

» Y condena Cerfbeer á las costas de su intervencion.»

#### El rey Victor Manuel en Nápoles.

Con fecha 11 de noviembre escriben de Nápoles los siguientes pormenores:

Victor Manuel ha hecho hoy su entrada en esta capital; pero la prefectura ha tenido el disgusto de ver aguarde todos sus brillantes preparativos de recepcion por una lluvia furiosa. Desde muy temprano las tropas y la guardia nacional habian salido de sus cuarteles para cubrir las calles por donde debia pasar la régia comitiva, pero el rey no ha llegado hasta cerca de medio día. Al entrar S. M. en la estacion, los fuertes de la ciudad le han saludado con estrepitosas salvas de artilleria, mientras que el cielo dejaba caer una copiosa lluvia sobre la multitud que la ha obligado á dispersarse, y

hasta la guardia nacional ha buscado un refugio contra el agua en las tiendas y edificios inmediatos.

El rey ha salido de la estacion á pesar de la lluvia para dirigirse al Palacio Real. Acompañaban á S. M. las autoridades civiles y militares, y detras de su carruaje seguian unos cincuenta ó sesenta mas, en los cuales se habia distribuido el mundo oficial. Al pasar la régia comitiva se han dado vivas á Victor Manuel. Entre otros grupos que formaba el público curioso habia uno de un centenar de estudiantes, llevando cada uno de ellos una enorme bandera. Delante del coche de S. M. corria el pueblo agitando ramos de olivo y banderas, y dando gritos de ¡viva el rey!

Victor Manuel se ha dirigido directamente al Palacio Real con sus dos hijos y el general La Marmora, que ha tomado asiento en su carruaje, y allí ha aguardado á que la lluvia cesase algun tanto para presenciar el desfile de la tropa y de la guardia nacional desde el balcon del palacio.

En la noche Victor Manuel asistió á la representacion del teatro de San Carlos, el cual estaba lleno de sena-

dores, diputados, altos funcionarios públicos y oficiales del ejército y de la guardia nacional. Al entrar S. M. en el palco fué saludado con estrepitosos aplausos. Habia bastante considerable de emigrados romanos y venecianos, y finalmente lucian su belleza en los palcos algunas señoras de la aristocracia napolitana.

Al día siguiente la playa de Santa Lucia estaba llena de gente ansiosa de disfrutar del espectáculo de la gran revista naval que el rey debia pasar; pero el mar estaba tan agitado y la lluvia era tan abundante, que S. M. tuvo que renunciar á la realizacion del programa de este día. Dos vapores llenos de espectadores que ensayaron salir del puerto dos veces consecutivas, tuvieron que regresar sin lograr su objeto. Al poco tiempo circuló la noticia de que la revista no podia verificarse á causa del tiempo, y la multitud se retiró á la ciudad.

Sin embargo, la revista se efectuó despues: todas las fuerzas maritimas de la Italia se habian reunido para este fin, y aquel conjunto de buques presentaba un espectáculo magnífico.

Pasada esta revista, el rey Victor Manuel salió de Nápoles, y prosiguió su viaje, en el que le acompañan los embajadores extranjeros de Turquía, de Portugal, de Suiza, Dinamarca y Prusia y el encargado de negocios de Francia. G. B.

### Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Se creyó al principio, prosiguió, que las tres letras D I C eran iniciales; pero mirándolas mas de cerca, se vió que la última era una G. Ahora bien, como aquellas iniciales no se referian á ninguno de los presos que habian ocupado el calabozo, se llegó á comprender que no formaban una cifra sino una palabra, y que esta palabra era DIG (abrid). Hecho este descubrimiento, se examinó el trozo de la pared en donde estaba la inscripcion, y despues de levantar una piedra, se encontró un pedazo de papel medio podrido entre los restos de una cartera, y un saquito de cuero. Fué imposible saber lo que habia escrito el preso; pero es evidente que habia escrito alguna cosa, y que lo habia puesto allí para ocultarlo á los ojos de los carceleros.

— ¿Qué teneis, padre? exclamó Lucia con terror. ¿Os sentís indispuerto?

El doctor se habia levantado repentinamente llevándose las dos manos á la cabeza, y lanzando en torno suyo una mirada que les aterró á todos.

Sin embargo, se dominó casi al momento, y dijo:

— No, hija mía; no siento nada. Me han caído en la frente algunas gotas que me han causado una impresion desagradable. Creo que haríamos bien en retirarnos.

Llovía en efecto y caían gruesas gotas, y el doctor enseñó una de sus manos mojadas, pero no se habló una palabra del episodio con que habia terminado la conversacion. Sin embargo, M. Lorry creyó descubrir en el rostro del doctor durante toda la velada, cada vez que se encontraba con el de M. Darnay, la extraña expresion de desconfianza mezclada de odio que habia sorprendido en el momento en que daban la enhorabuena al jóven por haberse salvado de la muerte. El doctor habia recobrado entre tanto toda su presencia de ánimo, y estaba tan tranquilo, y revelaba en sus ademanes tanta gracia y serenidad, que M. Lorry dudó de lo que veía, y atribuyó á un recuerdo importuno la singular fisonomia que por un instante creyó haber vislumbrado en el doctor.

Habia llegado el momento de tomar el té, y la señora Pross desempeñó su cargo con su talento habitual, á pesar de una nueva crisis nerviosa.

Sin embargo, la multitud que temia no llegaba, y aunque era verdad que acababa de entrar M. Cartone en la sala, todavia no habia mas que dos personas extrañas, lo cual distaba mucho de los centenares anunciados.

El aire estaba borrascoso y el calor era sofocante.

Quando acabaron de tomar el té, cada cual se acercó á las ventanas y dirigió la mirada á las tinieblas que por momentos eran mas densas. Lucia estaba al lado de su padre, M. Darnay junto á ella y M. Cartone apoyado en la ventana inmediata. El viento de la tempestad que entraba en la sala á bocanadas violentas, seguidas de relámpagos vivisimos y prolongados truenos, hinchaba las cortinas blancas haciéndolas flotar como las alas diáfanas de una sombra seráfica.

— Las gotas continúan siendo gruesas y escasas, dijo el doctor. ¿Con qué lentitud llega esa tempestad!

— ¡Y con qué furia tan concentrada! añadió M. Cartone.

Y hablaban en voz baja, como sucede siempre á los que están entre las sombras y esperan á la luz de los relámpagos.

Corría la gente en las calles inmediatas buscando un albergue contra la tempestad, y como el eco maravilloso multiplicaba el rumor de los pasos, se hubiera dicho que una inmensa multitud pasaba por debajo de la ventana á pesar de estar desierta la calle.

— El rumor de la multitud llega hasta aquí, y no obstante reina en torno nuestro la soledad, dijo Carlos escuchando los ecos.

— ¿No os causa eso una viva impresion? preguntó Lucia; de mí sé decir que cuando llega la noche y me siento junto á esta ventana... pero debiera callar, porque solo de pensarlo... me estremezco. ¡La noche está tan oscura... tan imponente!

— Continúa, señorita; os acompañaremos si os estremecéis, dijo M. Darnay.

— Es muy posible que lo que voy á decir no os cause sensacion alguna, repuso Lucia; las ideas fantásticas que cruzan por nuestra mente deben toda su influencia á nuestro propio carácter, y no puede comunicarse la conmocion que nos causan. Vais á convenceros luego: cuando llega la noche y me siento junto á esta ventana, me parece que todas esas idas y venidas cuyo rumor me trae el eco, son los pasos de personas que se acercan entre las sombras para mezclarse en nuestra existencia.

— Si eso es cierto, muy considerable será la multitud que un dia hemos de encontrar en nuestro camino, dijo M. Cartone.

Los pasos eran por momentos mas numerosos y precipitados, y al repetirlos, el eco despertaba otros ecos. Un rápido estruendo resonaba en todas direcciones; se oía á la multitud correr bajo las ventanas, agruparse en la sala, ir y venir, detenerse, correr á lo lejos y desembocar por las calles inmediatas, y sin embargo no se veía á nadie.

— ¿Todos esos pasos deben reunirse con nosotros en masa ó dividirse para seguir á cada uno de nosotros, señorita?

— Lo ignoro, señor Darnay; es un pensamiento fantástico que no merece discutirse. Cuando acudí á mi mente estaba sola, y me imaginé, como os decía antes, que eran los pasos de individuos que algun dia deben entrar en mi vida y en la de mi padre.

— Que vengan todos á encontrarme, dijo Cartone; no impongo restricciones; no reclamo, no estipulo nada. Es verdad que una gran muchedumbre se agita y se dirige hácia todos nosotros, señorita; la veo á la luz de los relámpagos.

Un vivo resplandor inundó la sala al pronunciar estas palabras, y Cartone tendió hácia él la mano con indolencia sin apartarse de la ventana.

— Ya la oigo, prosiguió Cartone despues de un formidable trueno; viene rápida y furiosa.

Hacia alusion á la tempestad y á los nubarrones que huían por el negro firmamento.

La lluvia que cayó de súbito ahogó su voz, y todos guardaron silencio.

Jamás habian visto tan espantosa tempestad. No mediaba el mas breve intervalo entre los truenos que se cruzaban en las tinieblas y bramaban en medio de los relámpagos mientras el agua caía á torrentes.

A pesar de su violencia, la tempestad fué de larga duracion, y la campana mayor de San Pablo acababa de hacer oír la una de la noche en el aire tranquilo y puro, cuando M. Lorry, escoltado por Ferry que llevaba un farol, se retiraba á su casa.

Para trasladarse desde Soho-square á Clerkenwell, era preciso cruzar por ciertos parajes solitarios, y el socio de Tellstone que sin cesar pensaba en los ladrones, no se olvidaba nunca de hacerse acompañar por Ferry, que llevaba un farol, aunque por lo regular salía de casa del doctor antes de las once.

— ¡Qué tiempo, Ferry, qué tiempo! dijo el banquero; un tiempo capaz de hacer salir los muertos de sus sepulcros.

— Es cosa que no he visto en mi vida, respondió Ferry, y esperó que nunca los veré resucitar.

— ¡Buenas noches, señor Cartone! dijo M. Lorry. ¡Buenas noches, señor Darnay! ¡Qué tempestad! ¡Habrá otra igual y la veremos juntos!

— ¡Quién sabe! ¡Tal vez verán algun dia arrojarlos sobre ellos la multitud rápida y atronadora!

### CAPITULO VII.

EL MARQUES EN LA CIUDAD.

Su Excelencia, uno de los hombres mas influyentes de la corte de Francia, uno de los grandes del Estado que disponian entonces del poder, recibía dos veces al mes en el magnifico palacio que habitaba en Paris, y era aquel dia de reunion.

Mientras la turba idólatra inundaba solicita sus salones, Su Excelencia, retirado en un suntuoso tocador que le servía de santuario, estaba tomando chocolate.

Su Excelencia podía engullirse fácilmente muchas cosas, y hasta algunos maliciosos se atrevían á pensar que absorbía rápidamente los tesoros de Francia; pero su chocolate no podía llegar hasta su noble garganta sino con el auxilio de cuatro hombres robustos, sin contar el repostero que lo habia hecho.

Nada mas cierto; para que el bendito chocolate llegase á los labios de Su Excelencia, se necesitaban cuatro hombres en toda la fuerza de la edad, con galones de oro en todas las costuras, y cuyo jefe, rivalizando con su noble y respetable amo, no podía existir sin llevar al menos dos relojes. Uno de estos criados traía la chocolatera á la presencia de Su Señoría; el segundo espumaba el chocolate con el pequeño instrumento destinado á este uso y del cual estaba encargado; el tercero presentaba la jicara, el plato y la servilleta, y el cuarto, el de los dos relojes, vertía el líquido.

Estos cuatro criados eran indispensables á Su Excelencia para conservar el rango que ocupaba debajo de los cielos inclinados ante su frente, y hubiera sido para su blason una mancha indeleble, si el chocolate que tomaba todas las mañanas se lo hubieran servido innoblemente tres criados, y era cosa de morir de vergüenza si solo se lo hubieran servido dos.

Su Excelencia habia asistido la noche anterior á una cena donde los teatros de la Comedia y de la Opera habian estado representados por sus bellezas mas á la moda, pues comía con mucha frecuencia fuera de casa, y casi siempre en compañía de damas muy deliciosas. Su Excelencia tenia tanta delicadeza y sensibilidad en el alma, que los intereses de los teatros de la Comedia y de la Opera llamaban su atencion con preferencia á las necesidades de la nacion; circunstancia altamente favorable para la Francia, como para todos los reinos que gozan de igual privilegio, del cual se vió favorecida Inglaterra en la época en que la vendió uno de los Estuardos.

Su Excelencia poseía, relativamente á los negocios generales que conciernen al público, una noble teoría,

á saber: que es conveniente que las cosas sigan la senda que mejor les plazca; y en cuanto á los negocios privados del Estado, pensaba no menos noblemente que debían marchar como á él le convenia, esto es, llenando su bolsillo y acrecentando su poder.

Su Excelencia tenia además la idea verdaderamente noble de que el mundo habia sido creado para contribuir á sus placeres. «La tierra y todo lo que contiene es mío,» decía tomando por divisa el texto sagrado, del cual solo cambiaba el pronombre posesivo.

Sin embargo, habia llegado á descubrir que se habian deslizado en sus negocios públicos y particulares algunos obstáculos de monta, y obligado por la fuerza de las circunstancias, habia emparentado con un asentista millonario. Dos razones le habian impulsado á tomar esta resolucion desesperada: la primera, que no pudiendo hacer nada en favor de las rentas del Estado, era preferible entregárselas á una mano mas hábil; y la segunda, que siendo los asentistas muy ricos y empobreciéndose él de dia en dia por tener que conservar el lujo hereditario de las generaciones anteriores, los millones del asentista eran puntales muy eficaces para sostener el edificio ruinoso de su fortuna.

Habia sacado pues á su hermana del convento, donde muy pronto debía tomar el velo (el traje menos caro que podía vestir), y la habia casado con un asentista tan pobre de cuna como rico de escudos.

El millonario se encontraba aquel dia entre la multitud en los salones de su cuñado, donde era objeto del culto de los mortales, á excepcion sin embargo de algunas personas de nobilísima estirpe, que inclusa su mujer, le miraban con el mas soberano desprecio. Dicho asentista era un personaje suntuoso con treinta caballos en sus caballerizas, veinte y cuatro lacayos en sus antecámaras, y seis mujeres al servicio de su esposa, y aunque se sabia que todas sus hazañas se reducían á estrujar el bolsillo del prójimo, los que acudían á la tertulia de Su Excelencia le consideraban como el único personaje de verdadera importancia. En efecto, á pesar del esplendor de los magníficos salones de Su Excelencia, atestados de las maravillas que el arte y el gusto de la época podían producir, eran tan poco sólidos, que no hubieran dejado de causar bastante inquietud al que conociendo su fragilidad, se hubiese acordado de los espantajos haraposos y con gorros de algodón que habitaban en el extremo opuesto de la ciudad, bastante cerca del palacio sin embargo para que las torres de Nuestra Señora estuviesen colocadas á igual distancia de los dos arrabales.

Pero ¿qué se veía en el palacio de Su Excelencia para temer tan indigna realidad?

Veíanse oficiales que carecían de nociones militares, marinos que ni siquiera sabían lo que era un navio, administradores que ignoraban las leyes de la administracion, y sacerdotes de costumbres libres, incapaces todos de cumplir con sus cargos, mintiendo descaradamente al ostentar los títulos que no merecían; pero pertenecientes todos de cerca ó de lejos á la casta de Su Excelencia, y provistos por este motivo de todos los empleos ó dignidades en los que se podía sacar algun provecho.

No eran menos numerosos en aquellos nobles salones otros individuos que ningun parentesco tenían con los anteriores, pero que en su clase seguían el mismo sistema de ostentacion y falsedad: eran médicos que hacían fortuna con drogas agradables que prescribían para males imaginarios, y sonreían en las antecámaras á su noble clientela; proyectistas que habian encontrado excelentes medios para cicatrizar las llagas del Estado, á excepcion del de poner manos á la obra y desarraigar los abusos, y que revelaban sus portentosos secretos á los necios; filósofos sin fe que regeneraban el mundo con frases huecas, construían castillos de naipes para escalar el cielo, y hablaban con utopistas sin conciencia, ocupados tan solo de la piedra filosofal; gentes de modales finisimos, cuya educacion perfecta se revelaba entonces como en nuestros dias por una profunda indiferencia hácia todas las cosas formales, y que ostentaban su hastio y su impotencia intelectual en el palacio de Su Excelencia.

Y lo mas curioso de todo era que los espías, que formaban casi la mitad de tan excelente concurrencia, se hubieran visto en un apuro para descubrir en aquellos salones una sola mujer, que por sus ademanes y su aspecto confesara que era madre. A decir verdad, si se exceptua la accion material de dar al mundo una criatura que estorbaba, muy pocas eran las nobles damas de aquella reunion que conociesen la maternidad. Robustas aldeanas conservaban en sus rústicas cabañas los importantes vástagos de tan nobles familias, y sus elegantes abuelas, que habian pasado de los cincuenta, vestían y galanteaban como á los veinte años.

La lepra de la mentira y la ficcion desfiguraba á todos los personajes que acudían á la tertulia de Su Excelencia. Sin embargo, en la primera antecámara se encontraban cinco ó seis individuos excepcionales, que hacia algunos años presentaban vagamente que el gobierno seguía una senda errada, y con la esperanza de dar á la sociedad la regeneracion que reclamaba, la mitad de esta media docena de pesimistas habian entrado en una secta de convulsionarios, y se preguntaban entonces si harían bien en arrojar espuma por la boca, lanzar alaridos y ostentar un ataque de catalepsia para avisar á Su Excelencia que seguía una direccion peligrosa. Los otros tres, que no participaban de la fe de estos derviches, pretendían salvar el Estado con cierta jerga místico-filosófica, y segun ellos, el hombre se habia apartado del centro de la verdad, lo cual no necesitaba demos-

tracion, pero no habia salido de la circunferencia, y para conservarle en ella y hacer de modo que se acercase al centro, era preciso ayunar y ponerse en comunicacion con los espiritus puros. Esta última parte del programa se realizó inmediatamente sin que reportasen ningun beneficio los negocios generales.

Habia no obstante una circunstancia muy consoladora en los salones de Su Excelencia, y es que todas las personas que se hallaban allí reunidas vestian con la mayor elegancia, y se veian cabellos rizados, empolvados y peinados con gracia, caras de tez delicada, reparada ó conservada con arte, y espadas galantes en servicio de un honor quisquilloso en materia de perfumes y pomadas.

Cada vez que estos señores, de traje tan elegante y á la moda, se volvian con lentitud, agitaban las alhajas que colgaban de sus relojes, y el aire embalsamado que acompañaba el sonido metalico de los colgantes, cadenas, collares y plumeros de diamantes, el crujido de los vestidos de seda y de brocado y el frote del encaje y de la Holanda, hacian olvidar el arrabal de San Antonio y su hambre devoradora.

El lujo era el atractivo supremo, el talisman infalible que la sociedad de entonces empleaba para conservar su existencia, y todos parecian vestirse como para un baile de trajes, que segun la opinion comun no debia de terminar jamas. Desde Versailles, imitando á Su Excelencia y á la corte, los nobles, los magistrados y la clase media, todo el mundo cooperaba á esta preciosa mascarada, y hasta el verdugo, para contribuir al efecto teatral, vestia un riquísimo uniforme «con cabellos rizados y empolvados, casaca llena de galones de oro, escaarpines y medias de seda blanca.» Con este traje ahoreaba y descuartizaba á los criminales, y muy raras veces empleaba el hacha.

¿Quién hubiera podido poner en duda, entre los señores que se encontraban en los salones de Su Excelencia en el año de gracia de 1780, que no habia de sobrevivir á las estrellas un sistema apoyado en un verdugo rizado, empolvado, que vestia una casaca con galones de oro, y llevaba escaarpines y medias de seda?

Cuando Su Excelencia alivió de su pesado trabajo á los cuatro hombres y acabó de tomar el chocolate, dió orden para que abriesen las puertas de par en par y salió de su santuario. ¡Qué servilismo!

Concediendo aquí un ademán, allá una inclinacion de cabeza y acullá una sonrisa, y á veces una palabra á los mas favorecidos, Su Excelencia pasó con aire afable de salon en salon hasta las remotas regiones donde se hallaban los partidarios de la circunferencia verídica. Al llegar allí, volvió atrás, entró otra vez en su santuario y desapareció de entre la multitud. Terminada la recepcion, el soplo embalsamado que revoloteaba en los salones se trasformó en pequeño huracan, y los preciosos colgantes resonaron hasta en los últimos escalones del palacio.

Muy pronto no quedó mas que un individuo, que con el sombrero debajo del brazo y la caja de oro en la mano, cruzó lentamente los desiertos salones. Cuando llegó á la puerta de la antesala, se volvió hacia el santuario del ministro, y dijo con tono glacial mezclado de amargura, mientras sacudía el tabaco que le quedara en los dedos, como se sacude el polvo de los piés en el momento de alejarse de los sitios á los cuales no se quiere volver mas:

— ¡Maldito seas!

Era un hombre de unos sesenta años, vestido con refinada elegancia, de ademán activo, y llevando por rostro una máscara de palidez trasparente cuyas facciones delicadas revelaban una calma impasible. El único cambio de fisonomía que podía percibirse á veces en aquella máscara de piedra residia encima de la nariz, en una ligera depresion cuya forma era sin embargo muy graciosa, y en ciertas circunstancias veíase en ella una rubicundez imperceptible y fugitiva, ó débiles pulsaciones que daban un aspecto de crueldad y de astucia al resto del rostro. Si se le examinaba entonces con atencion, se encontraba esta expresion de astucia y de crueldad en la boca y en la órbita de los ojos, cuyas líneas eran muy delgadas y horizontales. Sin embargo, el conjunto era gracioso y muy distinguido.

El poseor de esta cara notable bajó tranquilamente la escalera, cruzó el patio y subió á su carroza.

En la recepcion que acababa de tener lugar, Su Excelencia le habia manifestado poco interés, y casi nadie le habia dirigido la palabra, y esta era la causa del estado de irritacion que le hacia ver con gusto la canalla dispersándose delante de sus caballos. El cochero les habia galopado como si diese una carga al enemigo, y su insensato afán de correr y atropellar no le habia incurrido en el desagrado de su amo.

Aunque por lo general en aquella ciudad sorda la masa del pueblo era muda, muchos se quejaban á veces hasta en alta voz de la rapidez con que los nobles cruzaban las calles angostas, donde los coches maltrataban á los villanos de la manera mas cruel; pero un momento despues, los autores de estas desgracias las habian olvidado, y los villanos se arreglaban como podian.

La carroza del marqués volaba con estruendo en medio de calles sin aceras, ahuyentando á las mujeres des-pavoridas y á los hombres que en su fuga cogian en sus brazos á los niños para sacarlos de los piés de los caballos. De pronto, al desembocar en una calle muy frecuentada, cuya esquina ocupaba una fuente, una de las ruedas tropezó en un objeto, salió un grito de la boca de los espectadores, y los caballos retrocedieron encabritándose.

A no ser por esta circunstancia, es probable que el carruaje hubiera continuado su camino.

Acostumbraban los nobles á dejar en pos de sí á sus victimas; pero en aquella ocasion uno de los lacayos habia saltado en tierra impelido por el terror, y veinte puños robustos se apoderaron de las riendas.

— ¿Qué sucede? preguntó el marqués asomándose á la portezuela.

Un hombre de elevada estatura sacó de entre los piés de los caballos un monton de harapos ensangrentados, y colocándolo sobre el pilon de la fuente, lo acariciaba aullando como un animal silvestre.

— Perdonad, señor marqués, dijo con humildad un hombre andrajoso, es un niño...

— ¿Porqué grita tanto ese miserable? ¿Es suyo el niño?

— Sí, señor marqués; perdonadle porque da lástima.

La calle formaba en aquel paraje una plazuela de unos doce metros de anchura, y la fuente, situada en la esquina opuesta al carruaje, se encontraba á cierta distancia. De pronto se levantó el hombre de elevada estatura del cieno donde estaba arrodillado, y corrió hacia la carroza con ademán tan amenazador, que el marqués echó la mano á la empuñadura de la espada.

— ¡Está muerto! exclamó el desventurado padre con desesperacion y levantando los brazos al cielo.

La multitud rodeó el carruaje y dirigió al noble una mirada ansiosa, pero sus ojos no expresaban la amenaza ni la cólera. Despues de exhalar un grito de terror, guardaron silencio, y únicamente se oia la voz humilde y sumisa del hombre andrajoso.

El marqués dirigió hacia ellos una mirada fria y desdenosa como si hubiesen sido ratones salidos del arroyo, y dijo sacando el bolsillo:

— No sé cómo teneis tan poco cuidado de vuestros hijos y vuestras personas; se os encuentra siempre debajo de las ruedas de los coches ó entre los piés de los caballos, y recelo que uno de los míos está herido. Miralo, Juan, y entrega esto.

Todas las cabezas se adelantaron para ver lo que arrojaba al criado; era una moneda de oro.

— ¡Está muerto! repitió el padre del niño con acento desgarrador.

Un hombre robusto acudió al lugar de la escena con paso rápido; la multitud se apartó para dejarle pasar, y él se acercó al pobre padre, que se arrojó en sus brazos sollozando y designándole con la mano la fuente donde algunas mujeres, inclinadas sobre el monton de harapos ensangrentados, agitaban con cuidado el tierno cadáver.

— Lo sé todo, dijo el recién llegado, lo sé todo. Animo, pobre Gaspar, consuélate; vale mas que tu hijo haya muerto sin padecer. ¿Crees que hubiera pasado una sola hora de su vida sin sufrir dolorosos tormentos?

— Veo que eres filósofo, buen hombre, dijo el marqués sonriendo. ¿Cómo te llamas?

— Defarge.

— ¿Qué oficio tienes?

— Soy tabernero, señor marqués.

— Toma, tabernero filósofo, dijo el noble arrojando otra moneda de oro. ¿No tienen nada los caballos, Juan?

El marqués volvió á arrellanarse en el coche sin mirar por segunda vez á aquella vil canalla, y se alejaba con el ademán de quien por casualidad ha roto un objeto cuyo valor ha pagado, cuando turbó su quietud una moneda de oro arrojada con destreza, y que rodó por la alfombra de la carroza.

— ¡Para! gritó, ¡para!

Dirigió la mirada hacia el paraje donde acababa de hablar con el tabernero, pero solo vió al pobre Gaspar que se arrastraba por el lodo sollozando, y junto á este desgraciado la alta estatura y el rostro sombrío de una mujer que estaba haciendo media.

— ¡Miserables! dijo tranquilamente el marqués; aplastaria con gusto hasta el último vástago de esa raza malvada para que desapareciese de la tierra. Si supiera quién es el canalla que ha arrojado esto en el coche, tendria un placer en molerlo debajo de las ruedas.

Su condicion era tan abyecta, y estaban tan convencidos de que aquel hombre ejecutaria sus amenazas apartándose de la legalidad y hasta sin apartarse, que ni una sola mirada se levantó para contestar á palabras tan insultantes, á excepcion de la mujer que hacia media y cuyos ojos no se separaron del rostro del noble.

La dignidad del marqués le imponia la obligacion de hacer ver que no habia reparado en esta actitud provocadora, y lanzando sobre ella como sobre todos los demás una mirada de desprecio, volvió á arrellanarse en la carroza mandando al cochero que continuase su camino.

El marqués habia desaparecido, pero numerosos coches se sucedian con rapidez en la misma direccion. El ministro, el asentista, el doctor, el abogado, la Opera, la Comedia, todas las máscaras del baile de trajes, habian pasado como brillantes meteoros.

Los ratones se habian quedado en la calle para contemplar el elegante torbellino. A diferentes intervalos los soldados y los agentes de policia se habian colocado entre las carrozas y la multitud; pero esta habia abierto algunos huecos en el cortejo que ante ella se desplegaba, y no perdía ningun incidente de la mascarada.

Hacia mucho rato que el desgraciado padre habia partido con el cadáver mutilado de su hijo, y las mujeres que habian tratado de reanimar al pobre niño, continuaban mirando cómo manaba la fuente y cruzaban los coches, en tanto que la mujer que hacia media movia las agujas de acero con la impasibilidad del destino.

El agua de la fuente iba al arroyo, el arroyo corría hacia el rio y el rio se precipitaba hacia el mar, el día hacia la noche y la existencia hacia la muerte.

El tiempo y las aguas no esperan.

Los ratones dormian amontonados en sus oscuros agujeros, y las máscaras del baile cenaban inundadas de luz.

Cada cosa sigue su curso, cada cual su destino.

## CAPITULO VIII.

### EL MARQUES EN EL CAMPO.

A pesar de la belleza real del paisaje, la campiña presentaba un aspecto triste. Veíanse algunos campos de trigo, pero desgraciadamente en escaso número, y en cambio se extendian hasta perderse de vista los campos de centeno, en medio de los cuales aparecian algunos mezquinos huertos donde crecian en un terreno agostado hortalizas raquíticas, frutas degeneradas y miserables cebollas. Los productos de la tierra, lo mismo que los hombres y las mujeres que los cultivaban, tenian una tendencia enfermiza á marchitarse, y se hubiera dicho que unos y otros vegetaban por fuerza y solo deseaban cesar de vivir.

El marqués, reclinado en el fondo de su carroza tirada por cuatro caballos conducidos por dos postillones, subía penosamente una cuesta escarpada. La rubicundez que cubria su rostro no se debia á ningun exceso impropio de su perfecta educacion, ni procedia de ninguna agitacion moral, sino únicamente del reflejo del sol al hundirse en el ocaso.

La luz penetraba con un brillo tan vivo en el interior del pesado carruaje, que cuando el marqués llegó á la cima de la colina se vió inundado en raudales de púrpura.

— Esto no durará, dijo el marqués tapándose los ojos con la mano.

En efecto, mientras la carroza bajaba por la opuesta pendiente en medio de una nube de polvo, el fulgor rojizo se extinguió de pronto, y como el sol y el marqués bajaban á un tiempo, al llegar al llano habian desaparecido los últimos rayos del astro del día.

(Se continuará.)

## Bendicion

DE LA CAPILLA DEL NUEVO REFUGIO DE LOS MATRIMONIOS.

El 19 de noviembre el señor arzobispo de Paris ha pasado á Issy para bendecir la capilla del nuevo refugio de los Matrimonios. Esta casa de beneficencia que existia hace muchos años en Paris, acaba de ser reconstruida en el campo sobre vastos terrenos que ocupan una superficie de 60,000 metros, y contiene en el día 648 cuartos destinados á los esposos en matrimonio y á los viudos y viudas. Con las camas de la enfermería y 436 camas afectadas á los ancianos que viven en comun, el nuevo hospicio cuenta 1,383 camas.

La administracion de la Asistencia pública estaba representada en esta ceremonia religiosa por su director y su consejo de vigilancia. Concluido el oficio, se ofreció una colacion al señor arzobispo, y despues de un brindis de M. Dupin, el director de la Asistencia pública dirigiéndose al prelado, recordó brevemente el origen y objeto de esta institucion.

« Ya sabeis, monseñor, dijo al terminar su discurso el director de la Asistencia pública, que si la guerra tiene sus inválidos, el matrimonio tiene tambien los suyos, y nosotros consideramos que es un deber tan apremiante para la sociedad el socorrer á los ancianos que han luchado valerosa y virtuosamente contra las borrascas y las dificultades de la vida, como el abrir un glorioso refugio, segun lo hace el Estado, á los que han tenido el honor de derramar su sangre por la defensa de la bandera. »

P. P.

## Inauguracion

DE LA ESCLUSA DE LERY DEL EURE (FRANCIA).

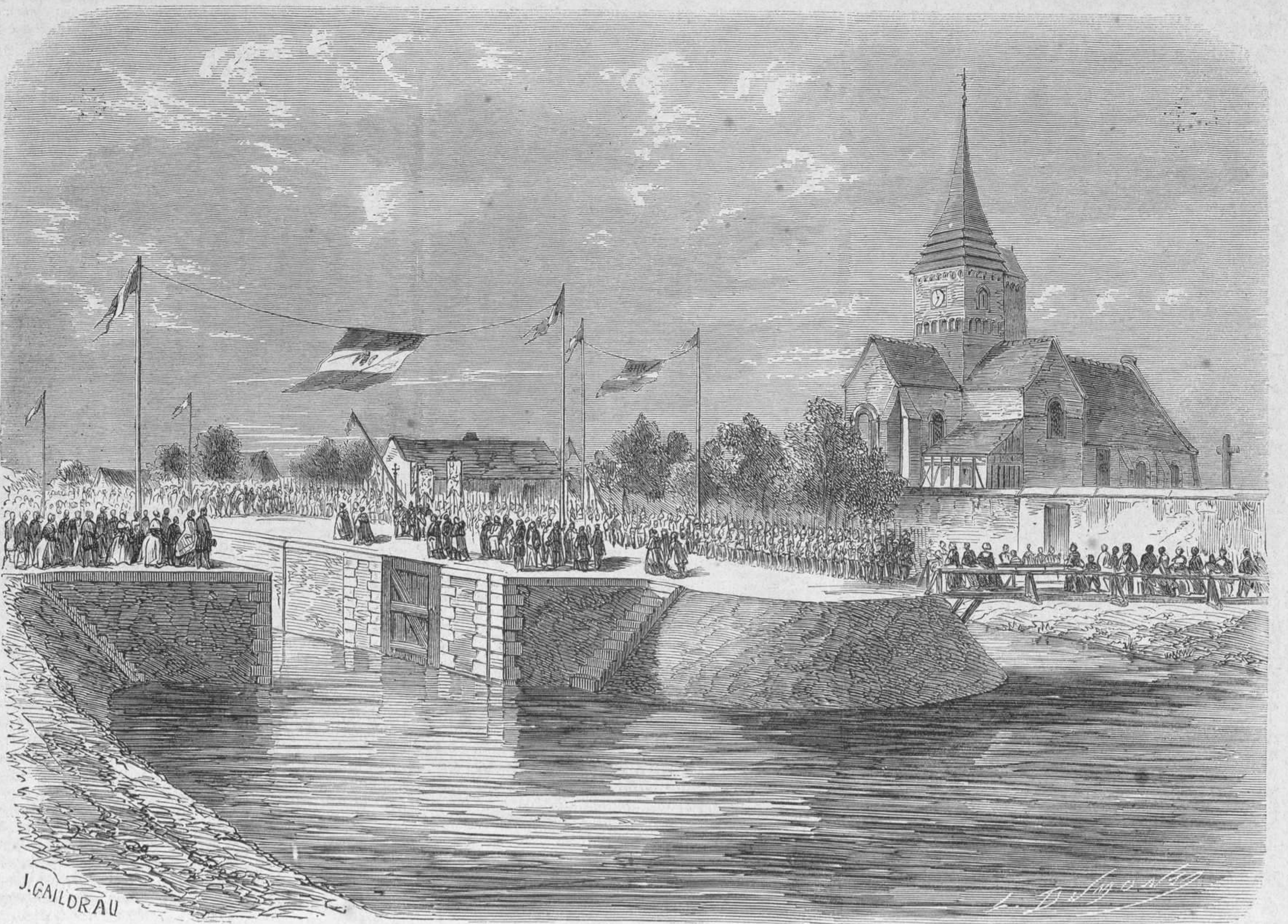
El rio Eure va á ser por fin navegable, gracias á las notables obras de canalizacion emprendidas hasta Louviers, y la esclusa de Lery, que se acaba de inaugurar en presencia de M. G. Petit, diputado del distrito, hará grandes servicios á los marineros. La construccion de esta esclusa honra mucho á M. Leclerc, que se habia distinguido ya por su direccion en los trabajos del puente de Pont-de-l'Arche. Numerosos espectadores asistian el último domingo á las fiestas dadas con motivo de esta inauguracion, en la que tomó parte el clero católico. La esclusa se encuentra en medio de un bellissimo paisaje: por un lado Lery, residencia favorita de la reina Blanca, viuda de Felipe de Valois, y su hermosa iglesia del siglo XIII; por el otro una espaciosa llanura atravesada por el ferro-carril, y en el horizonte la cuesta de los Dos Amores, dominando majestuosamente los tres valles del Sena, del Andelle y del Eure.

E. B.





El señor arzobispo de Paris bendiciendo el nuevo refugio de los Matrimonios en Issy.



Inauguración de la esclusa de Lery del Eure (Francia).

Monte y república

DE SAN MARINO.

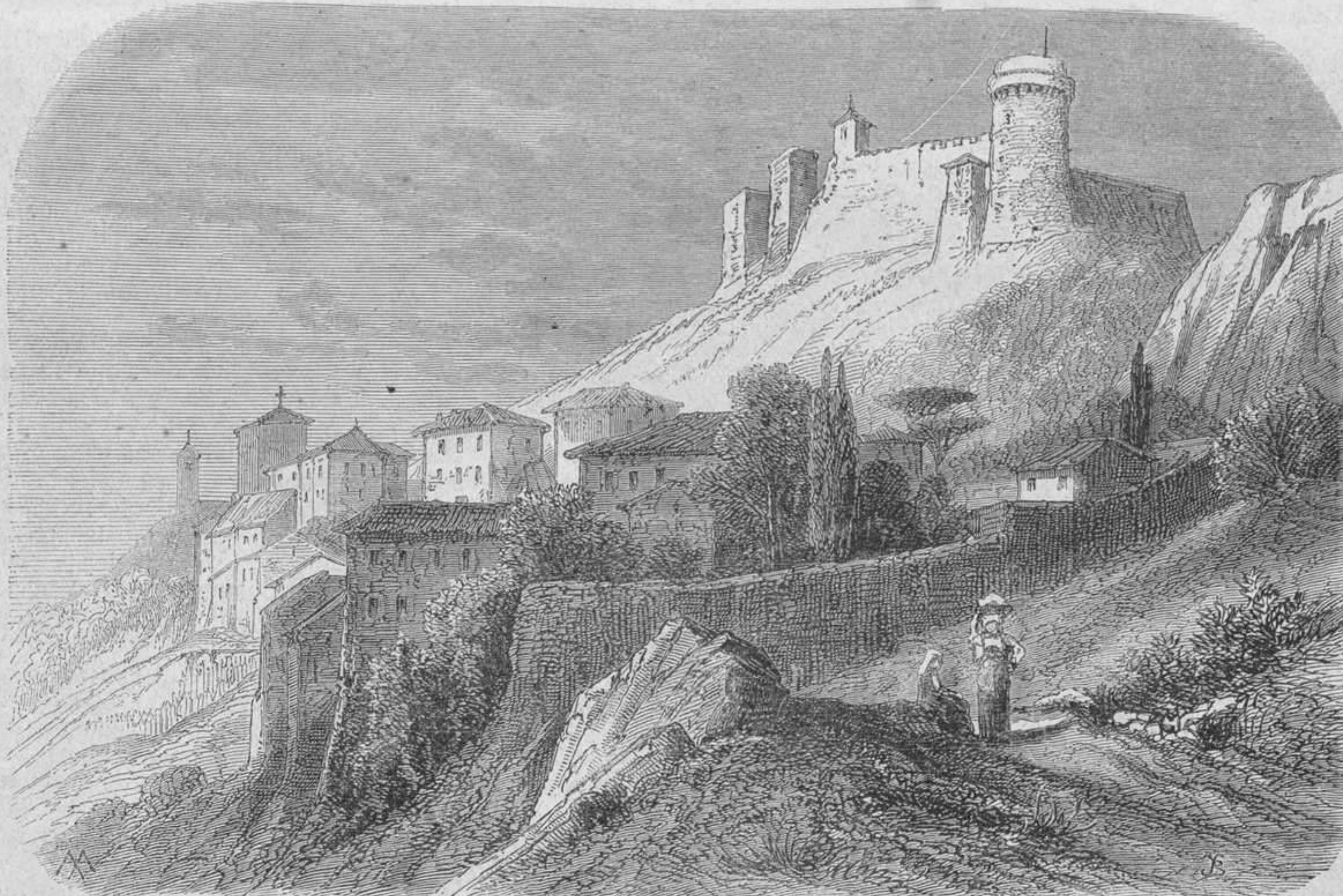
I.

Rimini es un pueblo bastante feo de las Romañas, situado en la margen de un río, ó mejor dicho, de un torrente casi siempre seco que llaman Marecchia. La embocadura en el Adriático forma una especie de puerto que solo frecuentan los barcos de cabotaje.

Tomemos este lugar por punto de partida, pues en él nos hallamos á diez y seis kilómetros no mas del monte Titano (ó de los Gigantes: el *acer mons* de Estrabon) cuya masa pedregosa se distingue al sudoeste coronada con una cresta de peñascos á pico, sobre la cual se destacan tres picos con otras tantas torres casi ruinosas. Esta configuración del monte explica el blason adoptado por el pequeño Estado neutro de San Marino, que cuenta mas de mil quinientos años de existencia. No habiendo podido proporcionarme un *biroccino* (cabriolé), parti á pié una hermosa mañana escoltado por un mozo del parador de los *Tres Reyes*, que llevaba á hombros *la mia roba*, esto es, la maletilla ligera que encerraba mi escaso equipaje de excursionista, y no debia dejarme sino en Serravalle, aldea de San Marino situada cerca de la frontera entonces pontificia: salimos pues por la puerta Montanara y tomamos en el arrabal por el primer camino á la izquierda. Es esta una via bastante bien cuidada, aunque la frecuente poca gente, que despues de haber prolongado la base de la larga cuesta de Covignano toda llena de casas de recreo, describe diferentes sinuosidades, se dirige al través de los campos cultivados, sube y baja varios cerros, y en fin se eleva gradualmente con el terreno y toca al territorio del Titano por el arroyuelo estancado que los mapas designan, segun creo, con el nombre de Rio Marignano. En medio del puente de este arroyo sin agua hay un poste de demarcacion, que en aquel tiempo ofrecia por un lado estas iniciales: S. P. (Stato pontificale) y por el otro: R. S. M. (Respublica Sancti-Marini).

Nos hallamos en la base de las graderías inferiores del monte, en un accidente de terreno, y vemos que se acusan mas y mas las grietas, las anfractuosidades de los formidables peñascos de la cumbre. Estos peñascos son de una aspereza y de una elevacion poco comunes. A mi me parecieron negruscos, porque el cielo se habia puesto encapotado. Las cimas desoladas, frias, peladas, con sus agudos perfiles visibles á mas de diez leguas de distancia, parecen no pertenecer en toda propiedad sino á las águilas y las gamuzas; las tres torres que se confunden con su base de piedra viva figuran tres picos: el Titano, separado de la cordillera del Apenino, da frente al Adriático.

La aldea adonde llegamos se llama Falciano, y solo se compone de la casa de un tintorero y de algunas chozas. — Aquí el dominio exiguo y pedregoso de la república de San Marino comienza por una punta de tierra en anfiteatro, que arranca del punto de interseccion de dos barrancos estériles. Un poco mas lejos y mas arriba, se presenta en medio de un encinar Serravalle (valle estrecho), una de las



La ciudad de San Marino y el fuerte de la Rocca.



ARMAS DE LA REPUBLICA DE SAN MARINO.



Cumbre del monte Titano.

principales localidades del país, que sin embargo, no ofrece interés alguno. Posee una alfarería cuya especialidad consiste en fabricar grandes jarrones para jardines. Tambien se hacen aquí naipes toscamente dibujados. Esta mercancía de escaso valor, pasa de contrabando á la provincia emiliana, y lo mismo sucede con la pólvora de cañon de San Marino.

Ya que estoy en este capítulo, diré que la producción de San Marino se compone además, de puercos de excelente especie, de aceite, de vinos muy buenos, y de piedra de edificar que llaman *marmo di San Marino*. En Acquaviva, al pié del lado opuesto de la montaña hay un taller donde se trabaja el coral. Por causa de la lluvia tuve que sufrir la incomodidad de detenerme algunos dias en una posada de Serravalle, donde hice conocimiento con los *horrores de la locanda*, de que habla el sabio viajero Valery. Estos horrores no son de ayer, y desgraciadamente no tienen traza de acabarse. Lo mismo sucede con el bandolerismo, esa plaga social que ha pasado al estado crónico.

El poeta Saint-Amand dice que lo peor que se puede desear á un hombre, es que se acueste una noche en una posada italiana.

M. E. About llegó tambien á San Marino en tiempo lluvioso, y bajo esa primera impresion todo le pareció triste, abominable. No se mordió la lengua para confesar su mal humor, su enojo, empleando palabras quizá muy duras en la forma, pero muy justas en el fondo.

« Si la república de San Marino, dice este escritor, llegase alguna vez á ser absorbida en una gran monarquía, los arqueólogos políticos exclamarían derramando amargas lágrimas:

« — ¡Con que ha perecido esa fortaleza de la libertad!... »

« Ahora falta saber si una tribu ignorante, tosca, miserable y ávida merece el nombre de pueblo libre. »

Estos epítetos son por desgracia muy merecidos, pero se podria replicar al citado viajero, que la libertad no es incompatible con la salvajería. Los escitas formaban un pueblo libre, y Atenas fué esclava á menudo.

Habiendo barrido por fin *la tramontana* (viento del Adriático) la bruma pluvial, pude continuar mi ascension. A la derecha y á la izquierda de aquel camino escarpado no se ven mas que sembrados raquíticos en las cuestas del monte, y aquí y acullá algunas encinas miserables. Preciso es confesar que todo esto no encanta la vista; pero muy luego aparecerán bellas perspectivas que serán una buena compensacion de las vulgaridades del camino.

Entre Serravalle y el Borgo (lugar de los mercados y de las ferias de ganado) se encuentran solo las pobres aldeas de Segiano y de Cailongo, así como las rústicas capillas de San Andrea y San Rocco.

Me detuve algunos instantes en Cailongo, y dibujé al lapiz la cumbre del monte. Este punto es el mas á propósito para abrazar por aquel lado su conjunto y detalles verdaderamente titánicos.

El Borgo, escondido al pié de ese formidable coronamiento, se compone de una plaza cuadrada bastante espaciosa, rodeada de

El Borgo, escondido al pié de ese formidable coronamiento, se compone de una plaza cuadrada bastante espaciosa, rodeada de

tiendas mezquinas. Mas arriba de la poblacion ví dos gruesos peñascos desprendidos que la amenazan, pues parecen estar en el aire, y seguramente acabaran por caer, con gran perjuicio de algunas casas. No se ha querido tomar ninguna precaucion contra este peligro, por no hacer acto de desconfianza contra San Marino, cuya mano invisible cubre el monte y sus habitantes.

Mas arriba aun, un camino nuevo contornea la cima del Titano, la cual no es accesible sino por el lado del Poniente. La ciudad está situada sobre esa cumbre en declive, y mira al Levante, al Apenino. ¡Extraña capital que solo encierra mil habitantes, si bien es justo decir que la poblacion de la república no pasa de siete mil almas! Tres son los edificios públicos de San Marino, á saber: una casita con arcos, que llaman hiperbólicamente *palacio del consejo soberano*; una iglesia nueva, bastante bonita, y un antiguo castillo fuerte, que es capitulo y cárcel. En el *palacio* tienen el busto de un papa, los retratos de un duque de Urbino, de Delfico, de Onofri, del general Bonaparte (lienzos sin mérito alguno) y diferentes inscripciones conmemorativas en latin. En el altar mayor de la iglesia se observa una estatua de cuerpo entero del santo, hecha de mármol (tamaño natural) con mas, el cráneo de este desventurado, varias sepulturas de nobles y de sacerdotes, y el mausoleo monumental erigido á Antonio Onofri, cónsul, que fué gratificado enfáticamente con el título de *padre de la patria*, porque en la época de la campaña de Bonaparte en Italia, recibió y arengó al sabio Monge, enviado del general en jefe, y rehusó un ensanche territorial y cuatro cañones ofrecidos por el conquistador. Hé ahí un título que no ha costado muy caro.

En la *Rocca* (la fortaleza) encontré dos ó tres presos, pobres diablos cubiertos de laceria, y una guardia que se componia de unos cuantos palomos soñolientos. Pero el castillo que se apoya en el borde vertiginoso del peñasco á pico, sombrío y coronado de almenas, tiene un aspecto respetable y pintoresco.

Saludemos al Capitolio de San Marino, que fué salvado una vez de un ataque nocturno por un perro que se puso á ladrar con furia. Los agresores guiados por un señor desleal de aquella comarca fueron precipitados de lo alto de las peñas... Mas hé aquí que he omitido señalar la inscripcion que se lee en el fronton griego de la iglesia, y que merece ser reproducida. Dice así:

#### DIVO MARINO PATRONO

ET LIBERTATIS AVCTORI SEN. P. Q.

A San Marino patron y padre de la libertad, el Senado y el Pueblo.

¡El senado y el pueblo! ¿Qué tal?... *Risum teneatis.*

En una construccion tan grande como fea que se podría tomar por un cuartel, está el gabinete del jefe temporal del gobierno, uno de los dos *capitanes regentes*. Allí vi un alguacil muy galoneado, y algunas estampas que representaban obras de Canova. A este grande artista le dispensaron la honra de acordarle el diploma de San Marino, sin duda para que nada faltase á su gloria.

¿Hablaré de una Sacra Familia atribuida á Julio Romano, y que conservan en el mismo *palacio*?... Mal me expreso diciendo que la *conservan*, pues la dejan en el estado mas lastimoso.

Paseándome distinguí en la puerta de peristilo de órden corintio, una fulminante reprimenda dirigida á los blasfemadores, es decir, á los que niegan los milagros de San Marino. El letrado en cuestion me recordó estas líneas del viaje de Addison:

« Los de San Marino atribuyen á la proteccion del patrono la longevidad de su Estado. Le consideran como el primero de todos los santos despues de la Santísima Virgen. En el libro de sus estatutos vi una ley contra aquellos que hablan con desprecio del santo, en cuya virtud se les consagra al mismo suplicio que á los convictos de blasfemia. »

No hay para qué decir que en el dia se han concluido los suplicios, habiendo sido reemplazados con severas mercuriales.

La vista que se disfruta desde lo alto de ese prodigioso peñon mereceria hacer el viaje, como dice con mucho fundamento Valery. No es posible figurársela; es inmensa, es variada hasta lo infinito, ¡es sublime!... Y sin embargo, no conozco mas que tres escritores que hayan hablado de ella.

Muy gustoso reproduciria esas descripciones si la cosa fuese posible aquí. No hay nadie que no haya oido ponderar los espléndidos panoramas del Bósforo, de la bahía de Rio Janeiro, del Righi, de la Familia y de la Señal de Bougy (en Suiza), de Nápoles, de Génova, de Palermo y de Lisboa. Pues bien, el del Apenino, los llanos emilianos y el Adriático, contemplado desde aquí, no es inferior á ninguno de ellos.

En cuanto á los tres autores citados, son los siguientes: Valery (*Viaje á Italia*), Auger Saint-Hippolyte (*Ensayo sobre la república de San Marino*), y M. Noel des Vergers. ¿Quién creeria que la excelente descripcion de este último se halla enterrada en un *Estudio sobre Marco Aurelio*? Esto consiste en que M. Noel des Vergers habla del docto numismático Borghesi, que habia fijado su domicilio en el áspero monte de los Titanes, para consagrarse enteramente al estudio, habiendo muerto allí el 16 de abril de 1860.

Creo que despues de esto no hay nada que decir. Los forasteros suelen ir á explorar la gruta de Acquaviva, asilo de Marino, y la fuente adonde bautizaba á los neófitos cristianos, á la manera de la Iglesia primitiva. De este manantial han hecho (*horresco referens!*) un abre-

vadero para el ganado y un lavadero. Tambien en la Balma Roja se encuentra otro retiro del santo y un *locutus*. El monte *Cucco* sorprende por su extraño perfil. En cuanto al *Castellare*, esa granja abandonada, era la casa de recreo de *Felicisima*, la rica matrona que desempeña un papel importante en la historia de San Marino.

## II.

La historia de la antigua república del Titano comienza por esta leyenda maravillosa. Su relato se encuentra en la coleccion de los Bollandistas, y yo he tenido la paciencia de traducirle entero. Los bagiógrafos no le dan sino bajo el concepto de una curiosidad, y le han intitulado: *Vita fabulosa*. No puedo ni quiero entrar aquí en los incidentes de esa relacion en la que hormiguan los prodigios, las apariciones sobrenaturales, los espíritus inmundos, los monstruos, las fieras suscitadas por Satanás para tentar á un humilde y austero anacoreta; pero si voy á resumirla á grandes rasgos, no deteniéndome sino en los hechos auténticos de la vida de Marino.

En lo mas fuerte de la cruel persecucion de que eran víctimas los cristianos en tiempo de Diocleciano y Maximiano, un edicto de estos emperadores llamó á Ariminium (Rimini), á los mineros, los albañiles y picapedreros de las diferentes provincias, á fin de que trabajasen en grandes obras que se iban á ejecutar. Tratábase de gobernar las fortificaciones y el puerto de la ciudad. Entonces fué cuando Marinus, de la isla de Arbe (en la costa de Dalmacia), pescador ó marinero, como parece indicarlo su nombre, pasó el mar en busca de trabajo. Créese que desertó para abrazar el cristianismo. Marino trabajó con ardor, predicando en secreto la nueva fe y ayudando á aquellos de sus compañeros que lo necesitaban. Pero al cabo de algun tiempo, una mujer dalmata se presentó á reclamar olvidadas promesas, y fué rechazada como un emisario del infierno. Furiosa y deseando vengarse, esta mujer corrió á denunciar á Marino como cristiano; y un tal Tycius que oyó la delacion, dió parte al dalmata, quien aprovechando la oscuridad de la noche, salió de la ciudad y se fué á lugares desiertos. Marino conocia las canteras y los bosques de las inmediaciones, y no vaciló en elegir por refugio el *Titanus* ó monte de los Titanes. Estos peñascos amenazadores, rodeados de selvas sombrías, densas, casi impenetrables, pobladas de fieras, eran muy temidos de los paganos por causa de su aspecto, y sobre todo por su mala fama. Marino, que estaba al corriente de los terrores populares, pensó con mucha razon que estaria bien seguro en ese formidable retiro, donde la tradicion colocaba la sepultura de los osados gigantes fulminados por Júpiter. Vivió en diferentes grutas, se defendió de las fieras, de los demonios encarnizados, y sobre todo de la obstinada mujer, á quien puso en fuga con las palabras sacramentales: *Vade retro, Satanás*. La tenaz criatura tenia por guias á los porqueros. El solitario se atrincheraba en los temores supersticiosos de sus enemigos. Por la noche encendia grandes hogueras en la cumbre de las rocas perpendiculares, ó bien plantaba en ellas una cruz luminosa, señal que alejaba á los lobos y á los perseguidores, no menos sedientos de sangre que los lobos.

En las orillas del mar, en los campos, en las llanuras, los perseguidos leían esto en la frente del monte severo: « Luchad, y si no podeis vencer al enemigo comun, venid á mi; yo soy la fortaleza de Dios y de la libertad. » Ahora bien, el monte formaba parte de los dominios de una opulenta matrona romana llamada *Felicisima*, por causa de sus riquezas. Esta señora habitaba una casa de recreo en el valle, donde se entregaba á la agricultura; y habiendo sabido que el dalmata por sí y ante sí se habia establecido en su monte, se encolerizó tanto mas, cuanto que odiaba mortalmente á los cristianos y al cristianismo.

Un dia Marino mientras estaba desmontando un pedazo de tierra al pié de la Balma Roja, vió que se llegaba á él un jóven armado, que era un caballero *Verisimus*, hijo de *Felicisima*. El solitario adivinando que su vida peligraba, cruza las manos, levanta los ojos al cielo é implora al Señor, y al punto *Verisimus* cae en tierra como paralizado. Le llevan á casa de su madre, quien desesperada al ver la inutilidad de los remedios y de los sacrificios á Mercurio, manda llamar á Marino, se arroja á sus piés, le hace grandes ofrecimientos, y le suplica con lágrimas en los ojos que sane al jóven caballero.

« No te pido sino una cosa, responde Marino, y es que renuncies á los errores del paganismo para la salvacion de tu alma. Por mi parte nada deseo en este mundo. Si te place darme el lugar en que me he refugiado, le aceptaré á fin de vivir tranquilo. »

« Sí, te daré el monte, repuso *Felicisima*, y todo cuanto le rodea... pero por piedad salva á mi pobre hijo. »

Entonces el solitario pronunció estas palabras: « En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, levántate, anda y sé sano. »

Y en efecto *Verisimus* se levantó y recobró la salud instantáneamente.

Este milagro produjo la conversion inmediata de la señora y de cincuenta personas, parientes, arrendatarios ó servidores, y hé ahí el primer nucleo de la familia de San Marino, que se fué aumentando poco á poco con los cristianos fugitivos. Tal fué el origen de un Estado que quedó fuera de toda dominacion feudal, y que

no tuvo en su principio mas código que el Evangelio. El diácono Marino, el amigo de Leo, otro proscrito que despues de haber vivido en el Titano, se fué á establecer en un valle contiguo, habria podido, como Bruno de Colonia ú otros ermitaños, fundar una órden monástica; pero prefirió instituir una sociedad civil, una república sencilla, fraternal y piadosa. Al morir, el santo dió á sus herederos sabios consejos que han sido trasmitidos religiosamente de generacion en generacion. Sus últimas palabras fueron estas:

« Adios, hermanos, os dejo libres de toda dominacion extranjera. »

El pequeño Estado no llevó al pronto el nombre de *república*, sino que le llamaron *monasterio*, *fortaleza*, *ciudad*, *tierra* ó *libertad*; la denominacion definitiva es casi de los tiempos modernos. Habiendo conquistado el exarcado de Ravena, Astolfo, rey de los lombardos, que no respetaba mucho la religion, aunque hacia gran caso de las reliquias, violó la sepultura de Marino y robó sus despojos mortales, que regaló á la iglesia de Pavia, la cual se halla desde entonces consagrada al dalmata. Pepin, vencedor de Astolfo, se apresuró á restituir al pueblo del Titano los venerables restos del apóstol fundador, y concedió al papado el exarcado de Ravena. Los territorios dados se enumeraron en una carta donde no figura el nombre de *San Marino*, ni aun el del *Titano*, que se usaba mas en aquella época. Sobre esto han basado en todos tiempos nuestros republicanos sus títulos para una autonomia incontestable en derecho, pero frecuentemente contestada por Roma. En el siglo X, Berenger II, vencido por Othon (el mismo rey que estuvo sitiado largo tiempo en San Leo), se refugió primeramente, segun parece, en el monte Titano, habiendo dejado un diploma fechado en ese sitio (*actum in plebe sancti Marini*). Este pueblo en miniatura gozaba de una reputacion merecida de piedad, probidad y justicia; y hé ahí porqué los señores feudales de las inmediaciones, que á menudo andaban en guerras y en pleitos, les tomaban ordinariamente por árbitros en sus contestaciones. Mas aun, resulta que en diversas épocas esos pequeños soberanos se pusieron de acuerdo para mantener entre todos á un juez que vivia en el monte.

Los de San Marino se adhirieron de todo corazon al gibelismo, porque temian la dominacion pontificia, á los Malatesta, déspotas de Rimini, güelfos fogosos, y en cambio se hallaban unidos estrechamente con los duques de Montefeltro, gibelinos declarados, esto es, defensores de la causa del imperio. Esto expuso á la república á muchos peligros, y comprometió diferentes veces la paz interior y hasta la independendencia, pero desarrolló el espíritu militar. Las tropas del Titano combatieron á menudo con buen éxito á los obispos de Montefeltro, que trataban de dominar al pais, al menos espiritualmente. Tomaron poblaciones y castillos, y los soldados titanos fueron buscados entonces como lo eran no hace mucho tiempo los mercenarios suizos.

Sin embargo, se cansaron de batallar y volvieron á las humildes y pacíficas tradiciones del fundador. La ciudad de San Marino fué teatro de una conferencia entre los dos partidos enemigos, con lo cual solo se consiguió una tregua corta. Es de observar que el título de *capitan-regente* dado á los dos cónsules depositarios del poder ejecutivo, data de aquella época belicosa y agitada. Entonces la espada hacia la ley, y reemplazaba por do quiera el cetro. San Marino empleó toda su energia, durante un largo periodo, en resistir á los Malatesta, á los agentes fiscales de la córte de Roma y á los prelados montefeltrinos. Muchas veces partieron las excomuniones de Roma ó de San Leo contra el Titano; pero los hijos del dalmata siempre se mantuvieron firmes. Hoy degenerados, divididos, sumergidos en una especie de letargo, no tienen ya razon de ser, sobre todo desde la formacion del reino de Italia, y si les permiten vivir desviados, es por respeto al pasado, para conservar el esqueleto de una cosa que sin valor propio, ofrece el atractivo de una rareza antiquísima, de una curiosidad arqueológica.

Paso muchos detalles para no tocar sino á los puntos principales de esta historia. San Marino vivia en la mejor inteligencia con sus vecinos en la época del advenimiento al pontificado de Alejandro VI, que inauguró una era de discordias y de guerras. La república temblando, no sin razon, por su independendencia, despachó plenipotenciarios al hijo del papa, á aquel cuya divisa significativa era: *Aut Cesar, aut nihil*, con el encargo de ofrecerle subsidios en cambio del beneficio de una completa neutralidad durante la guerra desencadenada contra la Italia.

La embajada obtuvo lo que solicitaba y volvió con víveres, pues reinaba entonces la escasez. Pero ¿quién podia fiarse de la palabra de un Borgia? César sometió á la Romaña justamente sublevada, alejó á los Malatesta de Rimini y á los Sforza de Pésaro; y luego se apoderó por traicion de la ciudad de Cagli perteneciente á Guidobaldo, duque de Urbino, cuya persona fué salvada por los de San Marino, y que gracias á estos buenos amigos pudo llegar á Venecia. De este modo Alejandro VI se encontró dueño de toda la comarca, menos San Marino, San Leon y Majolo.

Viéndose la república titana privada de repente del sólido apoyo que nunca le habia faltado, se abandonó al desaliento, y dicen pensó en arrojarse en los brazos de Venecia. Algunos historiadores, principalmente Sismondi, en su *Historia de las repúblicas italianas*, que entre paréntesis se ocupa bien poco de San Marino, aseguran que nuestros montañeses se ofrecieron, cuerpos y bienes, á la oligarquia veneciana, que se negó á aceptar este regalo de tan corto valor; pero el hecho es

dudoso. Lo que hay de cierto, es que la *republichella* pidió en su apuro ayuda y protección a la reina del Adriático que prometió mucho sin acordar nada, por prudencia, reduciéndose todo a buenas palabras... Las cartas que San Marino dirigía a San Marcos llevaban este ambicioso sobre: *Alla nostra carissima sorella serenissima republica di Venezia.* A. DE B.

(Se concluirá.)

### ¡Una madre!

Duerme, niño del alma,  
Duerme en tu cuna,  
Gozando los ensueños  
De un alma pura.  
Duerme, hijo mío,  
A tu lado yo velo,  
Duerme tranquilo.

Tus rizados cabellos,  
Que el viento mece,  
Y tu puro semblante  
De rosa y nieve,  
Te hacen tan bello,  
Que pareces un ángel  
Del sacro cielo.

Feliz el que en el mundo  
Viva tranquilo,  
Cual tú, en plácido sueño  
Adormecido.

Pues ángel bello,  
¿Sabes lo que es la vida?...  
¡Un triste sueño!

CARLOS C. NUÑEZ.

### Envidia.

Dame, aunque mas no sea,  
Dame, chiquilla,  
Un giron del encaje  
De tu mantilla.  
Le tengo ahí  
Una envidia maldita...  
Como para mí.  
Vas a misa del alba  
Cuando el sol sale,  
Y va el velo en tus labios  
Dale que dale...  
Mira... quisiera  
Que la luz de tus ojos  
Le consumiera.

No escondas, niña mía,  
Tu linda cara,  
Que esos dibujos góticos  
La fingen rara:  
¡Dame, chiquilla,  
El giron que la tapa  
De tu mantilla!...

LEON DE LA VEGA.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas en Compiègne. — Novedades decretadas. — El club de la Moda. — Casacas del tiempo del Directorio. — El arte del vestir, y tres categorías de hombres. — Modas de la estación. — Las prendas de talle largo. — Los fracs a la francesa. — Los paletós en forma de saco. — El frac negro con vueltas de seda. — Chalecos para soirée y chalecos de mañana. — El pantalón clásico y el pantalón romántico. — Detalles del vestir. — Descripción del figurín de este número, que representa las novedades del día y de la noche.

Tenemos que buscar las modas en Compiègne, donde continúa residiendo la corte.

Ahora bien, en Compiègne cada cual es libre de vivir a su antojo; la hospitalidad del emperador es verdaderamente una hospitalidad a la manera inglesa.

Los convidados almuerzan en sus habitaciones particulares si lo desean, o bien con Sus Majestades a las once. Los hombres van de levita.

A las siete y media se come, y a esta hora es de rigor ponerse de etiqueta.

Las señoras renuevan sus prendidos todas las noches, habiendo algunas que cambian tres y cuatro trajes al día. Los vestidos mas en boga son los que mas llaman la atención por sus vistosos colores.

Sin embargo, la emperatriz se viste con la mayor sencillez. Todas las mañanas se presenta con vestido de lana, lección indirecta que no quieren comprender las señoras de su corte.

En cuanto a los trajes masculinos, la casaca de caza imperial se halla decretada oficialmente; no hay medio de vestir de otro modo.

Por la noche se usa el frac negro o de fantasía; y de día trajes de paseo.

Se anuncia la formación de un nuevo círculo que tiene por título: el círculo de la Moda.

Este club, eminentemente fashionable, debe componerse de jóvenes ricos, o al menos considerados como tales, que estén siempre al cuidado de las modas nuevas.

Los caprichos mas singulares y mas excéntricos nacidos en la mente de los sastres, deben someterse al nuevo círculo de la moda, donde serán aceptados o reprobados.

Se trata de resucitar las casacas de color, como en tiempo del Directorio y la Restauración. Sus colores serán manzana, azul méjico y verde ruso. Todo esto está en proyecto aun; veremos si habrá resultado.

Todo el mundo critica las modas masculinas por monótonas y feas, y sin embargo, lejos de fomentar las tentativas de los que quieren cambiarlas, las ridiculizan a porfía.

El periódico el *Sport*, que es la primera autoridad competente en materia de turf y de fashion, admite en el arte del vestir tres categorías de hombres.

Los que saben vestirse y que pertenecen a la aristocracia de la moda; los partidarios del frac negro en todo y por todo, que constituyen la clase media, y el hombre paletó, que es como si dijéramos el falansteriano de la especie.

M. E. Chapus añade que el frac negro al saber la reaparición segura del frac de fantasía, se ha creído amenazado en todos sus derechos. Sin embargo, debe tranquilizarse: el frac negro tendrá siempre muchas aplicaciones especiales. Siempre estará bien en el hombre modesto, en el hombre de cierta edad o de gustos sencillos; siempre será de rigor en los consejos de familia, cuando se trata de abrir un testamento o de hacer un entierro; no llevarán otro traje el solicitante respetuoso y humilde, el novio de aldea, el médico de consulta; sin contar mil casos de la vida vulgarmente práctica en que vendrá siempre de molde. Pero al fin será desterrado de las elegantes reuniones del mundo, de los bailes, y de todas las grandes fiestas mundanas.

Mientras esto sucede, vamos a pasar revista a las modas de la temporada.

Las prendas de talle largo están muy en boga para paseo; algunas llevan los faldones muy cortos.

Sin embargo, el hombre de mundo que no quiere caer en la exageración, lleva los vestidos de un largo regular.

Este invierno se usará mucho el frac a la francesa para vestir.

Este frac es una especie de levita en cuanto al cuerpo, figurando el frac en los faldones, con la diferencia de que en lugar de estar a martillo por delante, caen derechos en escape ligero hacia abajo. Algunos se cruzan con dos hileras de botones; otros se hacen con una sola hilera y se abotonan a voluntad.

En cuanto a traje de día, se usa la levita cruzada o derecha de paño negro o azul, que pueda servir para visita en caso necesario, pues la etiqueta es menos rigurosa que en otro tiempo, y ahora es posible presentarse con levita allí donde antes no se admitía mas que el frac.

También se usan muchos paletós a la inglesa, cortos, de poco vuelo y guarnecidos de bolsillos puestos en relieve, para montar a caballo por la mañana cuando la temperatura es bastante suave para que no haga falta paletó.

Los paletós destinados a cubrir los fracs y las levitas son muy largos, y solo tienen la anchura necesaria para abotonarse.

El paletó de tres costuras ofrece un carácter particular, al que ha debido el ser aceptado por los jóvenes. Sin embargo, no es muy gracioso, pues parece una especie de saco provisto por abajo de una pequeña abertura.

El frac negro se llevará sin abotonarse, lo que quiere decir que las solapas continuarán siendo muy bajas. Los faldones se hacen bastante largos, sin ser demasiado cuadrados por abajo.

Lo que estará muy en favor es el frac con cuello de seda, como el de los chalecos, con solapas de seda muy prolongadas.

Esta innovación quebranta un poco la monotonía de esa prenda solemne.

Por lo que hace a los fracs de color, hasta aquí el azul oscuro con botones de metal es el que se lleva la preferencia.

Entre los chalecos de día y los de noche existe una gran diferencia, pues así como se desea que un chaleco de fantasía cierre alto, quedando apenas lugar para la corbata, así también se quiere que abran mucho los chalecos de soirée.

Algunos de ellos solo llevan abotonados los tres botones de abajo, y tienen un chal cintrado sobre el pecho, de tal modo que los tres botones de la camisa se hallan completamente a la vista.

Las telas de los chalecos nocturnos no son muy variadas. El piqué blanco ha caído completamente en desuso, bajo cualquiera forma que se produzca.

El casimir negro se admite aun; pero es un poco grueso.

En suma, no queda mas que la seda.

Los chalecos negros de seda tienen bastante boga; pero han de ponerse con transparente, sobre todo para baile o para el teatro italiano.

Los chalecos de seda constituyen el mas alto grado de la elegancia. Se cierran con botones de diamantes, de oro o pedrerías.

En cuanto a pantalones, el negro continúa siendo el pantalón clásico, mientras los de fantasía y de color se consideran como románticos. El gris claro y el color blondina son los dos colores adoptados por la fashion.

Los de rayas y de cuadros convienen para trajes de calle.

Para que un hombre se presente a la moda, necesita no olvidar una porción de detalles, como la corbata, los guantes, las joyas, el calzado, el pañuelo, el baston, y hasta el porta-monedas y la petaca.

El hombre distinguido se da a conocer en las cosas menos importantes.

Para traje de soirée se usa la corbata blanca, y para de día se lleva corbata de color con un alfiler de oro. Sortijas ya no se llevan, si no se quiere caer en el ridículo.

La variedad de corbatas es tan grande, que sería imposible enumerarlas.

El cuello postizo derecho se usa lo mismo que el vuelto. Sin embargo, el último es mas gracioso.

Las camisas de soirée han de ser bordadas, o por lo menos con pliegues calados. Se ha querido resucitar la chorrera, pero sin éxito.

Las cadenas de reloj se hacen muy lujosas. Las hay magníficas de gruesos eslabones separados por un medallón de piedra dura.

Terminaremos con la descripción del figurín que representa algunos trajes diferentes.

El primero es de soirée, y se compone de un frac negro, un pantalón negro, un chaleco blanco de seda y una corbata blanca. Los faldones del frac son bastante largos y un poco anchos.

El pantalón es de satén de lana.

El chaleco real blanco se abotona con cinco diamantes. Los guantes pueden ser lila, paja o blanco.

Sigue un traje de visita cubierto con un bonito sobretodo azul llano forrado de seda hasta encima de las solapas.

El traje propiamente dicho se compone de una levita de edredón azul claro que se cruza y se abotona fácilmente.

Esta levita de un corte confortable, ya por el largo de la cintura, ya por el vuelo de los faldones, se ajusta sin embargo y dibuja las curvas. Las solapas vuelven hasta el tercer botón.

El chaleco, de casimir blanco, cierra mas alto que la levita, y se hace de chal ancho o derecho sin cuello.

El pantalón es de un tejido diagonal de color canela, y conserva todavía cierta anchura.

El corte del sobretodo ofrece una anchura ordinaria. Generalmente se lleva abierto, con tanta mas razón cuanto que su forro de seda viene a cubrir una parte de los delanteros.

Es moda hoy en París tener un saloncito especial para fumar, reservado a los amigos íntimos que en ciertas horas del día se reúnen para hablar de bolsa y de carreras de caballos. Ahora bien, el hombre elegante al levantarse por la mañana necesita un traje especial para su gabinete de tocador, y este mismo vestido le sirve para el salón de fumar.

El tercer personaje de nuestro figurín lleva este traje, que se compone de un pequeño paletó-saco de terciopelo negro corto y redondeado por delante. Carece de cuello; lleva por todo adorno un galón de seda cosido llano al rededor, y se cierra únicamente con el botón de arriba.

El chaleco, también de terciopelo, se abotona hasta muy arriba, y es muy largo por abajo. El pantalón es del mismo género, ancho y corto, con una banda negra en los lados. Corbata de seda color de cereza con franjas, y gorro de terciopelo negro.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### Las golondrinas del invierno parisiense.

Hay personas que temen como una desgracia los frios excesivos y las heladas tempranas, los largos inviernos y las nevadas nocturnas. Son estas personas los que trabajan sin cesar, los menesterosos que habitan en las guardillas bajo los tejados, y en esas tristes viviendas donde la miseria es su compañera mas fiel; calculan lo caro que está el pan y lo poco que produce el trabajo, cuando no falta. La lumbre es un lujo para ellos, el non plus ultra de los gozes humanos. ¡Se callientan tan rara vez! No hay duda que suelen robar al acaso algun calentón, ya en el taller, ya en la calle por la noche arrimándose a la hoguera al aire libre del inválido que guarda una casa en construcción; pero ¡ay! a vuelta de esto, es preciso entrar en la helada guardilla tiritando. Y aun pueden darse por dichosos cuando no encuentran entre sus cuatro paredes, sobre un mal jorjón y sin mantas, casi sin vestidos, una mujer enferma o alguna criatura raquítica. A uno de esos desdichados conducido a la cabecera de un compañero de infortunio que soltaba gritos de dolor en el delirio de una fuerte calentura, se le escaparon estas palabras: — ¿Con que estás ardiendo... tienes calor... y te quejas? — ¡Con qué desesperación deben pensar en las dulzuras de las largas veladas junto a una estufa encendida que esparce en la habitación un calor sofocante! La filosofía es incompatible con los padecimientos que produce el frío, y si Diógenes se hubiese dirigido hacia el Setentrion, su tonel se habría transformado en un calentador. Por esto, no sin un espanto legitimo, todos esos desgraciados cuyo número es bien grande en París, ven escapar por las calles esa población que todos los años invade la capital a mediados de noviembre. Esos rapazuelos, con el vestido ennegrecido con el hollín de las chimeneas, son para ellos una advertencia y una amenaza. Con ese instinto que no engaña nunca, han hallado un nombre para los emigrantes de la Saboya: si los que tienen la costumbre de reunirse durante la estación fría, ante una hermosa chimenea abundantemente provista de combustible, no ven mas que deshollinadores en esos muchachos negros que corren todo el día con el rascador colgado de la cintura y las correas atadas a las rodillas, el pueblo de las guardillas descubre en ellos un emblema de las miserias venideras, y los llama *las golondrinas del invierno*. La analogía salta a la vista en efecto. Lo mismo que las golondrinas, los deshollinadores se agarran a las paredes y buscan los rincones mas sombríos; como ellas tienen un chillido especial, estridente; como ellas son caseros y fieles a sus costumbres; tienen usos particulares; jefes, bajo cuyas leyes viven contentos; como las golondrinas, en fin, parten en épocas fijas, invariables, por los mismos caminos, y regresan hacia los mismos lugares. Menos discretos que los pajarillos de la primavera, han dejado penetrar sin embargo, el secreto de sus peregrinaciones. Se conoce su punto de partida, se sabe hacia qué país se dirigen; pero ¿quién nos dirá jamás adónde se van las golondrinas?

Es de observar que el pueblo se liga poco con los deshollinadores; las *golondrinas de invierno* no le son simpáticas. Los jefes de esos ejércitos de chicuelos cubiertos de hollín tienen sus tabernas y sus alojamientos

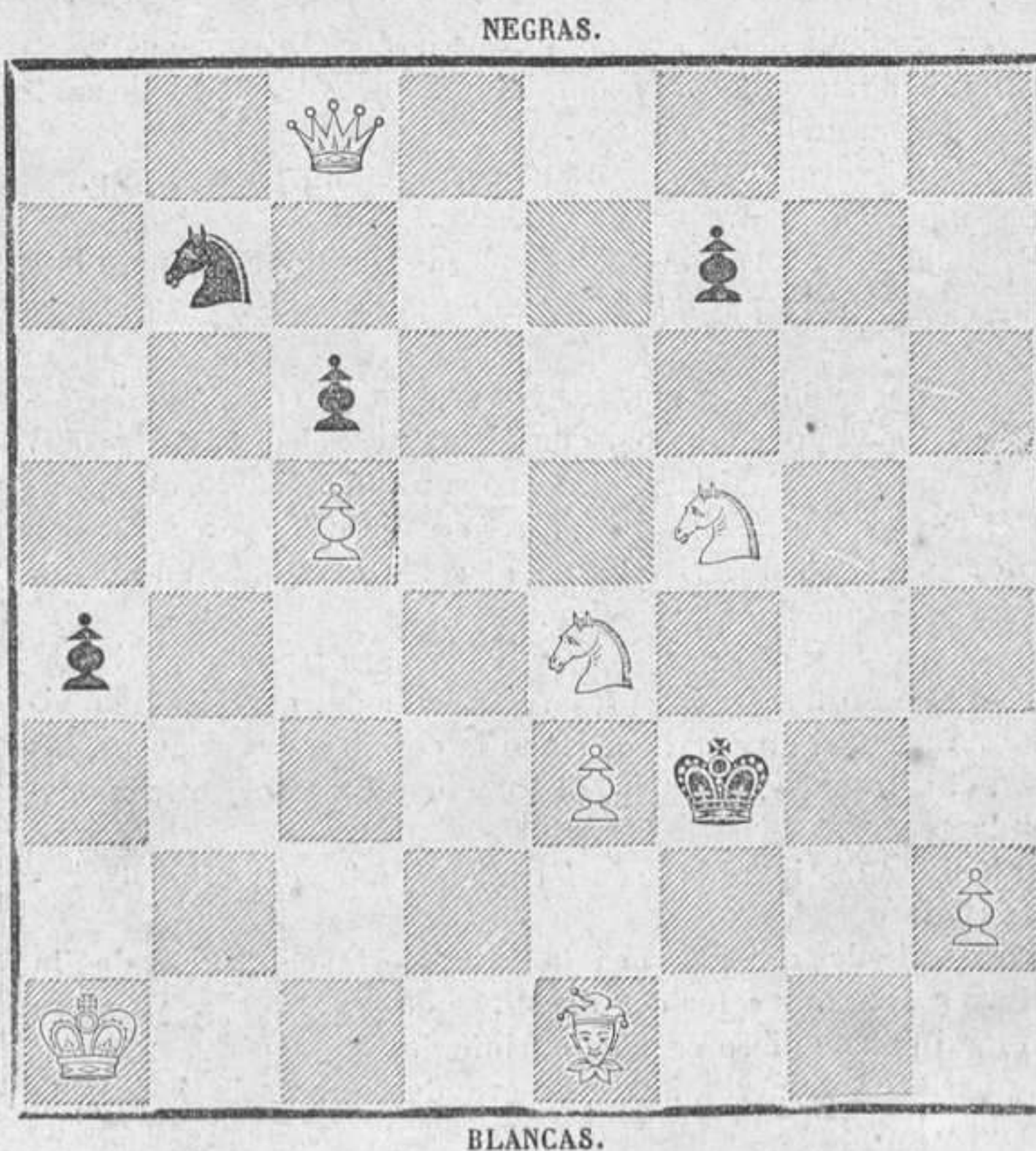


Las golondrinas del invierno parisiense.

especiales; diríase que existe entre esos trabajadores y los obreros parisienses como un antagonismo que nada puede destruir. Se podría asegurar que jamás un deshollinador se ha sentado en una taberna junto á un artesano, sea aprendiz, oficial ó maestro. Los mozos que están todo el día trabajando en una fábrica experimentan un gozo incomprensible en molestar, en perseguir con dichos, injurias y á veces con golpes, á esos industriales menudos que vemos periódicamente durante los meses de invierno; y así sucede que estos últimos andan casi siempre en cuadrillas, rara vez solos; el empedrado de París no es hospitalario para ellos; tienen sin embargo, un amigo, uno solo, es el castaño, — ¡otra golondrina de invierno! él y ellos se entienden y se sostienen. Es verdad que el castaño se inclina á los chicos algo por gusto y mucho mas por especulación. No le disgusta ver su establecimiento al aire libre rodeado de pequeñuelos, que vienen á ser como un rótulo, un anuncio. Por lo demás, los deshollinadores son de su raza, tienen sus instintos, sus gustos, sus hábitos; como él aparecen y desaparecen en París en ciertas épocas del año; hacen sus negocillos con cuidado; no quiero acusarlos de avaricia, pero no son pródigos y ahorran la mayor parte de lo que ganan. Los llaman *golondrinas de invierno*, y no obstante son mas familiares que ellas, así como son también charlatanes y audaces que no hay mas que pedir. Comen en todas las mesas, sin que les asusten los bufidos ni las palabrotas; pero lo que mas desean en el mundo es el cuartito « le petit sou, » que no se olvidan de pedir á menudo, obteniéndole á veces, gracias á su incansable perseverancia. Hacen que tienen frío y hambre, y el transeunte vencido por su aspecto echa mano al bolsillo.

**Problemas de ajedrez. (1)**

PROBLEMA NUM. 91, POR M. A. STAVENUTER.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Las *golondrinas de invierno* suelen alcanzar buenas fortunas, pues conocen las ocasiones favorables. La salida de los bailes no la desperdician jamás, y repiten hasta la saciedad una frase cuyo significado nadie conoce mejor que ellos: « — Un cuartito, mi buen señor, dicen á algun payaso que acompaña á algun elegante dominó; un cuartito y el matrimonio será feliz. » — El payaso suelta una carcajada, y el dominó que ha oido la palabra *matrimonio*, quiere que la predicción de la *golondrina de invierno* obtenga una buena recompensa, y muy á menudo en lugar del cuartito cae una monedilla de plata. El cochero de plaza y el deshollinador son las dos individualidades que mejor conocen el flaco de la población parisiense, y entrambos explotan este conocimiento con grandes ventajas. Unicamente el primero tiene un amigo íntimo, que se encuentra en las tabernas, el cual abre terribles brechas en su bolsillo; el segundo por el contrario, es sobrio de bebida, honrado, probo y leal (jamás se ha sentado en los bancos de la policia correccional un deshollinador); así, sin saber porqué, abriga la convicción de que cada una de estas *golondrinas de invierno*, al terminar sus peregrinaciones, disfruta de una completa felicidad y de algunos escudos de renta.

L. CH.

(1) Solucion del número 90.

- 1 Ra 8a R
- 2 C 4a R
- 3 Ra 6a R jaque
- 4 P 4a ARa jaque-mate.

- A 4a ARa
- P come C
- R come C